

ACTO IV. ESCENA ULTIMA.

LAURA.

drama orijinal en cinco actos y en verso,

CON PROLOGO Y EPILOGO, SU AUTOR

DON JOSE MARIA DIAZ.

PERSONAS.

LAURA.
EL CONDE DE LERIN.
RAMIRO.
ALIATAR.
D. DIEGO DE ABARCA.
LARA, *caballero castellano.*
D. NUÑO, *id.*
UN CABALLERO.
JIMEN NAHARRO, *soldado.*
UN VENTERO.
MARI-GARCIA, *ventera.*
JIMENA.
ELVIRA.
UNA GITANA.
FORTUN, *escudero.*
BERNARDO, *escudero.*
FARFAN, *escudero.* PAGES, *soldados*, *escuderos.*

PROLOGO.

PERSONAGES.

EL CONDE DE LERIN.
RAMIRO, *su doncel.*
D. DIEGO DE ABARCA.
ALIATAR, *esclavo.*
LAURA.
JIMENA.
CABALLEROS, *escuderos*, *etc.*

Sala en casa de don Diego.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE *y* DON DIEGO.

El conde entra por el fondo.

EL CONDE.

Buenos dias, el hidalgo
mas noble de la comarca.

D. DIEGO.

Se, buen conde, lo que valgo.
Noble soy, pues soy Abarca
y pobre. Mandais en algo?

EL CONDE.

Vengo á pediros merced

y á demandaros un don
que es todo vuestro.

D. DIEGO.

Atended:
antes de oir es razon
que esteis cómodo: tened. (*Le ofrece silla.*)

EL CONDE.

Siéntome que de derecho,
Abarca, me corresponde,
que armas tengo sobre el techo
de mi castillo, de conde,
y roja banda en mi pecho.

D. DIEGO.

Ya lo sé y es conocido
el buen conde de Lerin,
por valiente y bien nacido:
A vueseñoria pido
que ya me revele...

EL CONDE.

En fin:
Es tiempo de que sepais
la causa de mi venida
si es que no la adivinais:
es un asunto de vida
ó de muerte. Me escuchais?

D. DIEGO.

Decidlo pronto.

EL CONDE.

Primero
de referir lo que quiero,
Abarca, será acertado
deciros que un caballero
pide ser vuestro cuñado.

D. DIEGO.

Mi cuñado?... no lo sé...

EL CONDE.

Ved que es noble como vos
y es amigo de los dos.

D. DIEGO.

Acabad.

EL CONDE.

Me esplicaré.

D. DIEGO.

Seguid aprisa por Dios.

EL CONDE.

Niña y gentil y galana
mas que en el mayo la flor
al brillo de la mañana,
teneis, don Diego, una hermana
que no sabe qué es amor.
Su frente pálida y bella
á el alma ofrece temores
de que sea alguna estrella;
y á donde pisa su huella
se ha dicho que nacen flores.
Sus ojos un rayo son
que penetran lo profundo;
y al amar su corazon
será un manantial fecundo
de inspiradora pasion.
No cuenta aun quince años,
y en edad tan peligrosa
de amor no ha sufrido engaños...

D. DIEGO.

Por esa razon la hermosa
no ha tocado desengaños.
Y si he de decir verdad,
y se atiene á mi consejo,
no pierda su libertad
que del amor por lo viejo
se rie la mocedad.
Que hay doncel tan desbocado
en el reino de Navarra
que finge amor, sin cuidado
de que al fingirlo... malvado!...
tal vez un alma desgarra.
Y la muger que á este mundo
lanzóla Dios como un don
de ternura y de pasion,
al sentimiento profundo
del amor da el corazon.
Y ese amor que la convida
á un risueño porvenir,
de llanto siembra su vida,
y feliz la desvalida
si logra por fin morir.
Pues el labio que la habló
mintió perjuro y villano;
la mirada que la vió
mintió tambien y la mano
que las suyas estrechó.

EL CONDE.

La cuestion esa dejemos
y nunca mas la toquemos;
que muchas veces por ella,
por la muger menos bella
hacienda y honra perdemos.
Que el juramento de amor
al decir en el altar
la confiamos nuestro honor
y olvidando su valor
le suele infame manchar.
Oidme pues. Ya sabeis
que es muy alta mi nobleza,
y de ello pruebas teneis,
pues al lado de S. A.
en el palacio me veis.
Y si en la guerra pasada,
el muerto conde blandió
por su príncipe la espada
en dura prision guardada

su triste vida acabó.
Y cuenta que no es mi intento
culpar á mi padre, no:
á tanto no osara yo,
que él hizo su juramento
y con sangre lo selló.
Y yo que el mio presté
contra el príncipe insolente,
y la bandera adopté
del monarca justamente
con sangre lo sellaré.
Y nadie tacharme puede
del uno al otro confin
de cobarde ni de ruin,
que en noble y leal no cede
á ninguno el de Lerin.
Rico soy como el primero
que roja banda en Castilla
lleve al pecho; y mi pechero
es tan noble y altanero
que á ningun grande se humilla.
Aunque soy viejo en edad,
con un corazon de fuego,
y de noble calidad,
bien puedo en amante ruego
pediros una beldad.
Esa belleza al cuidado
de don Diego Abarca vive,
y de viejo tan honrado
como de la suerte hollado
sustento y amor recibe.
Laura; á vuestra hermana quiere
para esposa el de Lerin,
y por bella la prefiere
á la que hacienda tuviere.
Qué me respondeis en fin?
Sabed que al pedirla yo
para esposa, el alma mia
en amor no se abrasó,
que solo una vez la vió
y no me acuerdo en qué dia.
La quiero porque es la estrella
mas donosa y mas bizarra,
que en este pais descuella,
en el reino de Navarra
no existe niña mas bella
Y es mi gusto el que la miren
á mi lado encantadora;
que los donceles la admiren,
y las hermosas suspiren
de envidia por mi señora.

D. DIEGO.

Atento, oh conde, escuché
vuestra demanda, y oid;
la respuesta que os daré
es solo mia, advertid;
la de Laura.

EL CONDE.

Ya la sé.
Niña y sin otra pasion
que de placer á su vida
que su hermano, con razon
espero mirar unida
su hermosura á mi blason.

D. DIEGO.

Sabed, pues, que esa galana
belleza que pretendeis,
esa niña sobrehumana
que hacer condesa quereis,
no ha sido nunca mi hermana.
Cuando dejé por temor
el reino donde nací
y en tierra vuestra, señor,
un pobre techo pedí
que abrigara mi dolor.
Muy cerca ya de llegar
á este pueblo... casi el dia
empezaba á iluminar
la selva opaca y sombria
oí las armas sonar.
Como noble y caballero
á donde sonaban fui,
y á dos combatientes ví;
el uno y otro guerrero
se hallaban sin vida allí.
Al lado suyo lloraba
una tierna criatura
que seis años no contaba,
y ya era tal su hermosura
que á mí, viejo, me admiraba.
Uno de los dos que en tierra
yacian casi espirando
dijo, la voz esforzando:
«Sois, buen viejo, hombre de guerra?
Sois vasallo de Fernando?»
"Soy, le dije, un hombre honrado
que cumplirá su deber."
«Entonces á tu cuidado
queda Laura y si saber...»
no dijo mas... desgraciado!...

EL CONDE.

Con qué es huérfana?

D. DIEGO.

Asi es:
su padre he sido despues
que con cariño de tal
la quise.

EL CONDE.

No hicisteis mal
que mia será. El arnés
del guerrero que os legó
y á vuestro amor confió

tan bellísimo tesoro,
era rico?

D. DIEGO.

Espada de oro
si la vista no mintió.
Sus armas eran de acero,
bruñidas y bien templadas;
espuelas de caballero,
plumas verdes y encarnadas
y en la banda este letrero:
"*Amor es muerte.*"

EL CONDE.

Y la hermosa
que yo pido para esposa,
sabe quién es?...

D. DIEGO.

La infelice
al Ser Supremo bendice
que es mi Laura muy piadosa.

EL CONDE.

Quién entra?
(*Aparece en la puerta del fondo el doncel.*)

D. DIEGO.

Vuestro doncel.

ESCENA II.

Dichos. RAMIRO, *con un pergamino en la mano.*

EL CONDE.

Qué hay, Ramiro?

RAMIRO.

Un caballero
que se llama don Fernando
de Osorio y amigo vuestro,
ha llegado, y un mensage
os trae de su rey.

EL CONDE.

Celebro
en el alma la ocasion
de agradecer los obsequios
que me hizo su anciano padre
en el castellano reino.
(*Toma el pliego y lo pone en la cintura.*)

RAMIRO.

Ved que es de grande importancia,
pues me ha suplicado el mesmo
que lo entregase al instante.

EL CONDE.

Permitid, noble don Diego.
Forzoso es obedecer,
que exige el rey nada menos
que la ayuda de mi lanza
y un centenar de guerreros.

D. DIEGO.

Qué eso os pide el de Castilla?

EL CONDE.

Y ademas que en el momento
marche con él don Fernando
para su tierra.

D. DIEGO.

Primero
habeis de pedir licencia
al de Navarra.

EL CONDE.

Yo creo
que otorgará mi demanda.

D. DIEGO.

Mas ahora...

EL CONDE

El casamiento,
si es que Laura no se niega
á recibir en trofeo
de sus gracias, mi castillo,
mis heredades y pueblos,
mis honrosas dignidades
y un nombre siempre bien puesto.
Apenas en el altar
pronuncie su juramento
partiré. Tú presuroso
avisa á mi pobre Anselmo,
mi capellan, que disponga
lo necesario al efecto.
Adios, don Diego de Abarca;
haced todos los esfuerzos
que podais, para que Laura
mi esposa sea.

D. DIEGO.

Lo ofrezco.

ESCENA III.

DON DIEGO, *solo.*

D. DIEGO.

Qué debo hacer? Para descanso mio
seguir su voluntad. Laura decida;
ella será su juez; si es gusto suyo
consagre al de Lerin toda su vida.
Laura...

ESCENA IV.

DON DIEGO *y* LAURA.

LAURA.

Qué quieres?

D. DIEGO.

Tu ventura hoy mismo
en tus manos está. Nadie en el mundo
te llama suya, sino yo. Tesoro
de belleza y virtud, un moribundo
á mi amor te fió.

LAURA.

Lo sé, mi Diego;
mi cuna ignoro: mi querido padre
no conocí jamas, y mi megilla
el beso no ha sentido de una madre.
Tú solo, tú, de mi niñez cuidaste;
huérfana triste me amparó tu mano,
y solícito siempre y cariñoso
me prodigastes el amor de hermano.
Cuál es tu voluntad? Esa es la mia.

D. DIEGO.

El conde de Lerin busca una esposa:
tu puedes serlo. Es noble y poderoso;
le distingue el monarca de Navarra.
Ese viejo magnate que respira
tanta gloria y poder, y gentileza,
por tí, mi pobre huérfana, suspira.

LAURA.

El conde de Lerin?..

D. DIEGO.

Si es que consejo
pides á quien frenético te adora;
si quieres escuchar la voz de un viejo,
dale tu mano.

LAURA.

Abandonarte? nunca.

D. DIEGO.

Yo viviré contigo; mi existencia
muy pronto ha de acabar. Y quién entonces
te podrá aconsejar?

LAURA.

Ay!

D. DIEGO.

Qué decides?

LAURA.

Daré la mano al conde.

D. DIEGO.

Laura mia...
Caiga la bendicion sobre tu frente
del que murió en la cruz. Voy... es forzoso
que el conde sepa... Adios... quédate sola.
Qué conmovida estas!... no me sorprende.
Adios, condesa, adios...

LAURA.

Dame la mano
te la quiero besar...

D. DIEGO.

Por qué?..

LAURA.

No es ella
de un padre, de un amigo y de un hermano?..

ESCENA V.

LAURA, *y poco despues* JIMENA.

LAURA.

Jimena, Jimena, ven.
Cesó mi pena por fin...
Esposa del de Lerin?..
El conde en ello hace bien.

JIMENA.

Qué quieres?

LAURA.

Me estimas?

JIMENA.

Mucho.

LAURA.

Y qué me das si te digo...

JIMENA.

A quererte mas me obligo.

LAURA.

Oyeme, pues.

JIMENA.

Ya te escucho.

LAURA.

Has de saber que hay un hombre
en este reino navarro,
aunque viejo, tan bizarro,
que me ha entregado su nombre.
Y es un conde conocido
por ser de muy noble cuna,
y es tan alta mi fortuna
y su estado tan crecido,
que envidia me han de tener
las bellas mas obsequiadas,
por ricas y aventajadas
que todas pudieran ser.
Y verás sobre la frente
de tu huérfana querida
brillar por toda su vida
una corona luciente.
Y tendré todo un estado
sujeto á mi poderio,
pues siendo del conde, es mio,
que á mis pies lo ha presentado.

JIMENA.

Loca estas...

LAURA.

No lo he de estar,
si el de Lerin obsequioso
ha pedido ser mi esposo
y con él me he de casar?

JIMENA.

El conde?...

LAURA.

Te pones triste?...

JIMENA.

Tu felicidad deseo...
y esta boda... no la creo...
y si es verdad... tú debiste...

LAURA.

Rehusar?... Consejo sano!
acaso, Jimena, es bien,
pagar con tanto desden
al que me brinda su mano?...
Qué valgo en el mundo yo?
Ni tengo siquiera un nombre...
tan solo me resta el hombre
que mi orfandad amparó.
Y tú Jimena, que dices
Con amistad amorosa,
que al verme niña y hermosa
me adoras y me bendices...
Imaginas que es mal hecho
mi adversa suerte fijar,
y al de Lerin consagrar
el cariño de mi pecho?
La hermosura... mi Jimena...
Junto á esa ventana... alli...
anoche una troba oi
melancólica y serena...
Y decia el Trobador
hablando de la belleza
que muere su gentileza
tan pronto como una flor.
Pues bien: ese es mi tesoro:
Si niego al conde mi mano,
y no obedezco á mi hermano,
á Diego que tanto adoro,
no asusta mi porvenir?
Cuál será, Jimena mia?
no pasar alegre un dia
y en la miseria morir.
Con el conde es otra cosa...
Seré condesa tambien
y á mis deudos con desden
trataré que soy su esposa.
El vestirá mis colores
y yo el sudor de su frente
limpiaré; mi pecho ardiente
será su campo de flores.
Y en el palenque al chocar
en caballeresca lid
con un famoso adalid
que á sus pies ha de postrar,
yo el premio le entregaré
del triunfo que consiguiera
y esta mano que pidiera
á la suya estrecharé.
Y vencedor y contento
verá que mis labios rojos
sé sonrien y en mis ojos
las lágrimas ciento á ciento.

JIMENA.

Y ese doncel que te adora,
que toda la noche pasa
á la puerta de esta casa
hasta que llega la aurora;
que en su bien templada lira
melancólico cantor
pondera mucho su amor
y tus desdenes suspira.
no te ha podido agradar?

LAURA.

Qué es un doncel para mí,
que para esposa nací
del conde de este lugar?
Hace dos noches que oí,
su voz tímida y sonora,
y á los rayos de la aurora,
su rostro palido ví.
En rizos grandes caian
á la espalda sus cabellos;
sus ojos eran muy bellos,
y llorosos se veian.
Y mi pecho palpitó
con desusada alegria,
y dulce melancolia
de mi ser se apoderó.
Y al mismo tiempo que hallaba
un no se qué de brillante,
y amoroso en su semblante...
triste de mi!... yo temblaba.
Qui alli en su frente vi escrito
con caracteres de fuego...
«No cedas, Laura, á su ruego
maldito es su amor, maltido.»
Con todo esta maldicion
que mis oidos oyeron
y á creerla se atrevieron,
la rechazó el corazon.
Mas no receles por Dios,
que tu huérfana es veleta,
que si hay viento no está quieta...
no caben adentro dos!...
Y de hoy mas mi caballero,
mi valiente Paladin
ha de ser el de Lerin
que para esposo le quiero.

JIMENA.

Y estás segura de amar
el hombre que has elejido?
no tienes Laura, en olvido
algun recuerdo que echar?

LAURA.

Lo juro por el temor
de verme en el mundo sola;
por la divina aureola.
del arcangel del Señor.

Mi corazon libre está
no tiene en el mundo dueño;
la vida mia es un sueño
que disipandose vá.

Sueño pavoroso y triste
qne lamente acongojada
de tu Laura abandonada
de negras fantasmas viste.

Pero pronto al resplandor
de la corona que lleve
huirá como polvo leve
este sueño de dolor.

Y sentada en el dosel
de los condes de Lerin,
á mi lado un paladin
y á mis plantas un dosel.

La troba de este por pura
y muy sentida que suena,
será una troba que llene.
de mas honra á mi hermosura.

Y llegará hasta mi oido
cansado de adulacion,
sin herir mi corazon
su dulcísimo gemido.

Como un lamento lejano
lanzando en el horizonte,
que pasa de monte á monte
y se repite en el llano.

Y muere sin fuerza en él,
y casi nadie le oyó...
Quién llega?...

LAURA.

El conde.

JIMENA.

Así yo.
oire la voz del doncel

ESCENA VI.

LAURA, JIMENA, EL CONDE, ALIATAR, *poco despues* RAMIRO.

EL CONDE.

Ya sé mi felicidad
y en el altar nos es espera
el padre Anselmo...

LAURA.

Quisiera...

EL CONDE.

Mandais en mi voluntad.

LAURA.

He de pediros, ó conde
una merced.

EL CONDE.

Concedida.

LAURA.

Que pase toda su vida
Jimena conmigo.

EL CONDE.

Y dónde
Debiera hallarse mejor
Quién vuestra infancia ha cuidado?
viva siempre á vuestro lado
y en hacello me hará honor:

Y mucho mas que al momento
que os de la mano, partir
es fuerza.

LAURA.

Qué, os habeis de ir
sin mí?

EL CONDE.

Sin vos, y lo siento.

Mas no es bien visto en la tierra
del bravo rey don Fernando,
que esten las bellas llorando
en campamentos de guerra.

Bien que Isabel de Castilla
no le abandone, yo creo,
y es mas justo mi deseó,
que la hermosura mas brilla
en la corte, dispensando
favores á la ternura
de sus amantes.

RAMIRO. (*En el fondo.*)

El cura
está, señor, aguardando.

EL CONDE.

Vamos, pues.

LAURA. (*Los ojos fijos en el doncel.*)

Jimena... es él
y me he conmovido toda...

JIMENA.

Muy mal empieza esta boda.

LAURA.

Qué pálido está el doncel!

El conde da la mano á Laura, y acompañado de don Diego y otros caballeros, sale por la puerta del fondo. Ramiro y Aliatar permanecen quietos: el primero sigue con los ojos á Laura, y el segundo observa á éste con la mayor intencion.

FIN DEL PROLOGO.

ÁCTO PRIMERO.

PERSONAS.

RAMIRO, LAURA, ALIATAR.

El parque del castillo: árboles á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, *en la mas profunda meditacion.*

Cuán lentamente la brillante lumbre
que adorno fue de la celeste esfera
se aparta de la espléndida techumbre
y concluye su fúlgida carrera!
Luna de bendicion, tu luz amada
muy pronto brillará; tranquila, pura
como el aroma de la flor, templada
porque es el astro de la noche oscura,
Venga pronto á calmar esta agonia
que produce un amor desventurado:
al amante feliz bríllele el dia;
la noche es del amante desgraciado.

ESCENA II.

RAMIRO, ALIATAR.

ALIATAR.

Cada vez está mas triste:
arcano guarda su pecho
que es necesario saber.
Don Ramiro...

RAMIRO.

Qué hay de nuevo?
del buen conde de Lerin
ha llegado algun espreso?

ALIATAR.

Sí señor.

RAMIRO.

Y cuándo viene?

ALIATAR.

Es muy dificil saberlo;
dos meses lleva en la corte
del rey de Castilla.

RAMIRO.

Bueno!...
Vaya un amor que la tiene!...

ALIATAR.

Y no piensa por supuesto
venir el conde á su estado
hasta que den finamiento
las guerras del de Castilla.

RAMIRO.

Y aun no empezaron...

ALIATAR.

Primero
de poner sitio á Granada,
que es de S. A. el objeto
han de correr otras tierras
y hacer esclavos, los pueblos
de mis reyes destrozando.

RAMIRO.

Envidia, Aliatar, le tengo.

ALIATAR.

Yo tambien que al fin los campos
donde nací recorriendo
verá tal vez apacible,
ó presa de algun incendio
el hogar en que nací,
en el que morir espero.

RAMIRO.

Qué?... sientes la esclavitud?

ALIATAR.

Esta cadena que llevo
me abrasa mas que el calor
del africano desierto.
Prisionero en un castillo,
en cuya almena soberbio
el pabellon de Navarra
se deja mecer del viento,
¿qué puedo hacer por mi patria?
Llorar y pedir al cielo
y al profeta de mi ley
que humille al cristiano fiero.

RAMIRO.

Tengo lástima de tí,
Aliatar, te compadezco.
Dime, esclavo. Allá en tu tierra
alguna vez el veneno
sentiste de amor? Quién eras
en el granadino pueblo?

ALIATAR.

Un soldado y nada mas;
pero en mis venas el fuego
y sangre de los zegríes

á mi brazo daba esfuerzo,
brazo temido de muchos
y que al menor movimiento
de una muger que yo amaba
quedaba sin fuerza y quieto.

RAMIRO.

Tambien amabas?... responde...

ALIATAR.

Don Ramiro, ¿á qué el recuerdo
renovar de una muger
que fue mi dicha algun tiempo
y despues mi desventura?..
Pobre Zaida!

RAMIRO.

Pobre negro!
Refiéreme tus amores.

ALIATAR. (*Aparte.*)

Valor y astucia y muy luego
cobraré mi libertad.

RAMIRO.

Empieza pronto.

ALIATAR.

Ya empiezo.
En Granada hallé mi cuna,
de noble sangre nací,
y oscurecido viví
por lo ruin de mi fortuna:
Apenas sentí en mi pecho
hervir la sangre, empuñé
las armas y abandoné
veloz mi paterno techo.
Mi esfuerzo en el batallar
amigos muchos me dió
que despues me arrebató
quien me supo esclavizar.
Entrado en la juventud
vi una niña como un cielo,
de belleza era un modelo,
y un modelo de virtud.
Sus ojos de inspiracion,
y pálida y ruborosa.

RAMIRO. (*Aparte.*)

Asi tambien es la hermosa
que idolatro con pasion.

ALIATAR.

Jamas mi boca atrevida
olvidando su respeto
dijo el guardado secreto
que era el alma de mi vida.
Como angel puro la ví
lanzado al mundo á brillar;
triste mortal renunciar
á su cariño debí.
Y con todo entre las flores
de su jardin la buscaba
y al hallarla, se escuchaba
la troba de los amores.
Y al divino resplandor
de la luna temerosa,
de lejos via mi hermosa

RAMIRO. (*Aparte.*)

Asi comenzó mi amor.

ALIATAR.

El caballero Abenaida
del abencerrage bando
las gracias idolatrando
de mi ya perdida Zaida,
A su padre la pidió
para llevarla á su haren,
y Zaida con su desden
la demanda no pagó.
Y dió la mano á aquel moro.
como su raza arrogante
y el que ella olvida, constante,
yo, pobre negro, la adoro.
Y en un momento cesó
en pena amarga desecho
la esperanza de mi pecho.

RAMIRO. (*Aparte.*)

Asi mi amor acabó.

ALIATAR.

La condesa.

RAMIRO. (*Aparte.*)

Qué placer!...
Hermosa bien á fe mia:
parece el rayo del dia
que brilla al amanecer. (*Vase Aliatar despues de haber saludado á Laura.*)

ESCENA III.

RAMIRO, LAURA.

LAURA.

Ramiro, tú por acá?

RAMIRO.

Contemplaba desde aqui
la luz del sol que se va.

LAURA.

Yo lo hacia desde allí.
Melancólico mancebo
por qué triste?

RAMIRO.

Yo lo sé;
la amarga para que prnebo
es de bulto por mi fé.

LAURA.

Sientes, doncel, por ventura
estar á mi lado en paz?
Los rayos de la hermosura

no bastan á tu solaz?
Tú, sentido trobador,
con tedio el castillo miras,
y quizas en tu interior
por un combate suspiras?...
(*Aparte.*)
No responde... santo cielo!
no se por qué me entristece
su pena y en tal desvelo
mi corazon desfallece.
Ha dias que por do quiera
yo propia le busco, yo...
si tal cosa amistad fuera...
si fuese anor... Laura... no.
Si le amase moriria
de vergüenza y de pesar;
el agua maldeciria
que recibí en el altar.

RAMIRO.

Señora, callada estais?...

LAURA.

Ramiro...

RAMIRO.

Mirad el sol...
como pierde, ¿no observais
su purísimo arrebol?
Vedle: trémulo y templado
se esconde en el occidente,
para brillar descansado
otro dia en Oriente.
Ved qué silencio derrama
la noche que cerca está...
quién no suspira y no clama
por tan dulce soledá...
Ni el mas pequeño rumor
esos árboles agita.
Volved la vista... esa flor
en tierra yace marchita.
Al nacer el sol brillaba
con apuesta bizarria,
y la muerte la esperaba
al morir la luz del dia.
Asi es la belleza! Honor
ostenta y glorias y prez...
y muere como la flor...

LAURA. (*Aparte.*)

Ya me lo dijo otra vez!
Oye, doncel, qué decias
hace poco en tu cancion?

RAMIRO.

Trobaba melancolias
de un llagado corazon.

LAURA.

Quieres decirlas ahora?
(*Aparte*).
Asi mi afan distraeré!

RAMIRO.

Vos me lo mandais, señora?

LAURA.

Es un capricho.

RAMIRO.

Lo haré.
Como que es troba de amor
es en estremo sentida...

LAURA.

No importa...

RAMIRO.

Mucho favor
me habeis hecho por mi vida!
"El amor es el aliento
de un Dios de mucha pasion,
y es puro este sentimiento
pues nace del corazon.
Quien tiene amor, el beleño
en sus párpados no siente...
no duerme un tranquilo sueño
por mas que necio lo intente.
Decir no puede que existe,
rie sin saber de qué;
no sabe por qué está triste...

LAURA. (*Aparte.*)

Yo esa inquietud ya probé!...

RAMIRO.

»Doncel tímido que adoras
á la hermosa castellana,
que lleno de penas lloras
su indiferencia tirana,
vuelve en tí, no la fatigues
con importuna querella;
si quieres bien, no mendigues
los favores de una bella.
Con el amante orgullosa
y humilde con el que miente,
es amor para la hermosa
pasatiempo indiferente.
Tu amada, si eres amado,
oir querrá tu suspiro;
buscará siempre tu lado..."

LAURA.

Yo busco siempre á Ramiro!...

RAMIRO.

«Tu mirada será un fuego
que tu existencia destruya;
si escucha dócil tu ruego
tuya su inocencia, tuya.
Que ha de temblar junto á tí,
como al impulso del viento
la caña."

LAURA. (*Aparte.*)

Triste de mí!...
hoy dia todo eso siento.

RAMIRO.

«Asi un viejo aconsejaba
ã enamorado novel,
y al consejo contestaba
de esta manera el doncel.

Nada espero y yo la adoro
con delirante cariño...
ella es para mí un tesoro...
lo que es jugar para un niño.

Y pura la conocí,
libre de amor y lloroso
en los altares la vi
llamar á un conde su esposo.

Y desde entonces callé
por amor y por respeto,
y en lo mas hondo encerré
del corazon mi secreto.

Y desde entonces la miro
angel de Dios en la tierra,
como una joya á que aspiro
y toda mi dicha encierra.

Y es mi Laura mas hermosa,
que en la galana estacion
de las flores una rosa...

LAURA.

Ramiro !...

RAMIRO.

Laura, perdon.

No haya enojo; algun consuelo
en el mundo ha tener,
quien ha perdido su cielo
perdiéndote á tí, muger!...

LAURA. (*Aparte.*)

Con que es verdad que yo le amo!
Laura esposa, Laura infiel...
y mi amor que era su ramo
de flores es de un doncel!

Bondadoso me dejó
en su castillo guardado,
y aqui su honra encontró
su enemigo encarnizado.

Pobre huérfana, sin techo
que amparara mi horfandad,
partió la mitad del lecho
conmigo... cuánta bondad!...

Y yo en pago le debia
consagrar mi corazon,
y por mi desgracia hoy dia
es presa de una pasion.

RAMIRO.

Laura!...

LAURA.

Silencio, Ramiro...
no os vayades...

RAMIRO.

Qué bondad!...

LAURA.

Si escuchasteis mi suspiro
en el pecho lo encerrad.

RAMIRO.

Guardar silencio y vivir
un mismo techo no puedo;
mejor, señora, es partir;
á mi desventura cedo.

Lejos de vos, separado
de la hermosura que adoro,
tal vez podré, desdichado!...
enjugar mi ardiente lloro.

(*Ramiro hace ademan de marchar.*)

LAURA. (*Con ternura.*)

Ramiro!...

RAMIRO.

Qué, me negais
la licencia que os pedí?
A tal punto me estimais?

LAURA.

Oh cielos! no estoy en mí!...

RAMIRO.

Llorais tambien?... Cielo santo
gracias os doy por mi vida,
que vale mucho ese llanto
de Laura á mi despedida.

Si me amarais...

LAURA.

No lo sé...

RAMIRO.

Laura, Laura... bendicion
al primer dia que amé!
Cuál se ofusca mi razon!...

Si me amas eres mia;

LAURA.

Ah! jamas del conde soy.

RAMIRO.

Si fuiste del conde un dia
ya no lo eres desde hoy.

Amor es solo el altar
donde la muger y el hombre
se debieran consagrar:
bendito sea su nombre!...

Quién marchitó tu mejilla
mas que un amante interes?
Esa luz que tanto brilla
en tus ojos, por quién es?

Tú esposa del conde?... Miento...
qué pruebas hay de esa union?
Dios que pide un juramento
lo exije del corazon...

LAURA.

Y ese doncel que me adora,
que dice quererme bien,
que al verme perdida llora,
á quién matara un desden;

me quiere ver deshonrada?
Imposible, no lo creo;
si es cierto que soy amada
no es tan cruel su deseo..
Oh cielos! qué resplandor!

RAMIRO.

Envidien nuestra fortuna...
mira, Laura, ese color
que en torno vierte la luna.
Hace un momento reinaba
oscuridad pavorosa,
y aquella nube ocultaba
de ese astro la luz hermosa.
Apenas entre el temor
y la esperanza, tardio
el blando acento de amor
decir supo el labio mio,
repara... qué claridad!...

LAURA.

Ramiro!...

RAMIRO.

Rompe ese nudo
que al cuello la vanidad
de don Diego echarte pudo.
Ese tierno corazon
por ventura, está marchito?
de inspiradora pasion,
se niega á escuchar el grito?
En lo mas hondo y profundo,
á cada instante esclamar
no sientes «en este mundo,
oh Laura, es forzoso amar?»
Qué pido yo para bien
de mi existencia funesta?
que se acabe tu desden;
un *yo te amo* por respuesta.

LAURA.

Infeliz!

RAMIRO.

Angel humano,
y celeste... no tardar...
Ah! permíteme en tu mano
el beso de amor grabar.
(*Se la besa, y se arrodilla.*)
Laura, no tiembles... es tanto
tu desden, tu indiferencia?
no derrames ese llanto
fatal para mi existencia.
Mas qué, no te causo enojos?..
temerosa, arrebatada
en mí de tus bellos ojos,
clavas la dulce mirada?
Bendita amen la ternura
de tu alma y la bondad
bendita de tu hermosura.

LAURA. (*Cayendo arrodillada á los pies de Ramiro.*)
Piedad, Ramiro, piedad!...
(*En este momento aparece Aliatar por el fondo.*)

ALIATAR.

Pocas veces la virtud
vence en lid con la pasion;
al doncel da el corazon...
se acabó mi esclavitud.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

RAMIRO, LAURA, JIMENA, ALIATAR.

El parque del castillo.

ESCENA PRIMERA.

LAURA, JIMENA.

JIMENA.

Vamos, por qué llorar? no hayais del conde
temor alguno: en la feroz jornada
que el glorioso estandarte castellano
clavará en las almenas de Granada,
su espada brillará como un lucero;
no habrá cuchilla en la morisca gente
que consiga abollar su arnes guerrero.

LAURA.

Cuatro años hace me dejó, y no vuelve!..
(*Aparte.*)
la culpa es suya, la desgracia mia.

JIMENA.

Y lo estrañas acaso? Cuando el conde
al altar te llevó; cuando en el ara
con eterno y sagrado juramento
te dió su nombre, su blason ilustre,
y ligó á tu horfandad y á tu pobreza

los pueblos de Carcar y de Andosilla,
Cirauqui, Escaba, Dicastillo y Sesma,
hizo promesa, por ventura, ó Laura,
de renunciar el bélico ejercicio?
Noble y leal, y en amistad ligado
al castellano rey, al llamamiento
que le hiciera acudió. Siguió la corte
esperando la lid que se anunciaba,
y tú lo sabes bien. Su pensamiento
enmedio del festin con que los grandes
le obsequiaban allá, y en los saraos
de la ilustre mansion de aquellos reyes,
eras tú nada mas; no estés celosa!..

LAURA.

Jimena, por favor..

JIMENA.

Llegó ya el dia
de pelear y vencer. Castilla toda
á las fértiles vegas de Granada
presurosa ha corrido: aquella corte
del audaz Boadil, rica, opulenta,
caerá, no hay mas, y el estandarte santo
en su muralla se alzará sangrienta.
Entre los claros nombres de La-Cueva,
y Córdoba, y Pulgar y Garcilaso
y sus armas de ricos escusones,
darán mas resplandor las ricas armas
del conde de Lerin. Lleno de vida...

LAURA.

Pluguiera á Dios, que lo contrario fuese!

JIMENA.

Laura!..

LAURA.

Sábelo pues: el desgraciado
vendrá y será infeliz. Lleno de honores
se ofrecerá á mis ojos, y anhelante
me ha de pedir en premio mis amores,
mi constancia, mi fé, mi juramento,
y solo podré darle su deshonra.

JIMENA.

Laura!..

LAURA.

Ya te lo dije... Largo tiempo
luché con mi pasion: venció en la lucha.
Quién puede resistir cuando el torrente
se desploma de un monte? Descuidada
el acento escuché de los amores
y la voz del deber sonó muy tarde...
Hora de maldicion.. hora bendita,
ó Jimena, tambien; no sangre, fuego
corria por mis venas, y en mi oido
resonaba de amor el blando ruego
por la primera vez. Casi temblando
llevé la mano al corazon; latia..
no me dejaba respirar; mi frente
un volcan inflamado parecia.
Despareció á mis ojos de la luna
el tibio resplandor; sentí á mi lado
otro pecho latir; apasionada
toqué una mano y estreché esa mano,
salió del corazon hondo suspiro,
y fuí perjura al juramento dado
delante del altar.. venció Ramiro.

JIMENA.

Infeliz!

LAURA.

Por demas; apenas, libre
de ese vèrtigo atroz, pude un instante
mirar mi situacion, compadecerme,
y apenas de mi culpa avergonzada
maldije con horror la vida mia,
ya del delito él inocente fruto
pesaba en mis entrañas.. Ay! Jimena...
lo digo sin rubor; ninguna madre,
entonces... no hay poder en este mundo
que la precise á maldecir al padre.
Acuérdate: con afliccion y llanto
me aparté de Lerin, y en Dicastillo
fijé mi residencia: á mi partida
ningun lazo á este mundo me ligaba:
cuando volví.. Jimena... un inocente,
madre, su tierna *madre* me llamaba.

JIMENA.

Y cuando venga el conde?...

LAURA.

Ese Gustavo
que ves risueño por do quiera..

JIMENA.

Laura!..

LAURA.

Pobre niño!.. Y el conde cuando vuelva
me pedirá su honor, y avergonzada
evitaré su vista, y vengativo,
que en vengarse hará bien, una mirada
sobre Gustavo clavará terrible..
Tal vez el de Lerin, de su inocencia
no respetando el apacible encanto,
derramará su sangre.. Miserable!..
Qué culpa tiene el inocente niño?
Le servirán de escudo las que vierto
lágrimas de dolor y de amargura?..

(Se oye un cuerno de caza.)

Y Ramiro? infeliz! entretenido
de esos bosques, Jimena, en la espesura,
tal vez no ve la tempestad sombria
que amenaza caer... déjame sola..

ESCENA II.

LAURA, *sola*.

LAURA.

Piedad, señor, de la desgracia mia,

arrancadme este amor que me devora,
que no puedo olvidar: sino es posible,
arrancadme el feroz remordimiento
ó matadme mas bien.
(Se oye á Ramiro que canta la siguiente estrofa.)
"Vale mas una mirada
con el delirio de amor,
que la selva y la enramada
y el placer del cazador."
Su blando acento
es mas dulce que el canto de las aves...
no piensa mas que en Laura, y este nombre,
hiere y conmueve su amoroso pecho.
Laura, esclama al morir la luz del dia;
y, *Laura*, *Laura* cuando deja el lecho.
Aqui está.

ESCENA III.

LAURA, RAMIRO, *en trage de caza.*

RAMIRO.
Salud, donosa
condesa de este castillo,
á cuyos pies la orgullosa
frente con placer humillo;
deja que en la mano hermosa
el beso de amor te dé,
que pronto para tormento
del corazon que aqui siento
tus encantos perderé,
no podré escuchar tu acento.
Y ese amor que me alentaba
cual la esperanza al mendigo,
que de dichas me colmaba,
y, como á Dios yo bendigo
pues tambien vida me daba;
ese amor, triste y ardiente,
solitaria inspiracion,
que dió á nuestro corazon
el señor, únicamente
por decir; *esa es pasion*;
ese amor, mi Laura, en breve
habrá de morir, forzoso;
como en el llano arenoso
arrebata el polvo leve
el huracan poderoso.

LAURA.
Triste vienes, mi Ramiro,
acaso el remordimiento
labra en tí? Casi lo siento.
Ya mi doliente suspiro
no trocarás en contento.

RAMIRO.
No es eso, Laura; estoy triste...
es verdad... pero no es nada.

LAURA.
Quizas me veré olvidada!..

RAMIRO.
Ah! no: tu imagen existe
aqui, con fuego grabada.
Esta mañana...

LAURA.
Qué fue?

RAMIRO.
No tengas miedo: diré
todo lo que ha sucedido:
pero en cambio yo te pido
que estes tranquila.

LAURA.
Lo haré.

RAMIRO.
Salí de caza; creia
hallar en la monteria
algunas horas de paz,
y en tan bélico solaz
pasar la mitad del dia.
Doblé el levadizo puente
en mi orgulloso bridon;
y al lado mio obediente
seguia el lebrel valiente
las pisadas del troton.
Apenas el alto muro
perdí de vista, y mi aliento
se mezclaba con el viento
suavísimo, fresco y puro
del dia en su nacimiento;
por el bosque y por el llano
corria, nuevo adalid;
creyendo el triunfo cercano
ansiaba la brava lid
con el lanzon en la mano:
que la esperanza tenia
hermoso bien de mis ojos,
de poner al medio dia
á tus plantas por despojos
la prez de la monteria.
Largo tiempo fui buscando
las fieras de aqui y allá,
y casi desesperando
de hallarlas... recuerdo infando!..
jamas se me olvidará.
Alcé los ojos y ví,
Laura, sobre mi cabeza
un cuervo: me estremecí,
y aunque es señal de flaqueza
tuve miedo, Laura, sí.
Clavé la acerada espuela
á mi caballo arrogante,

y esclamé; "marcha al instante,
no tardes, amigo, vuela
á sitio de aqui distante."
El bridon obedeció
y largo trecho corrió,
y al ver que cansado estaba
y de sudor se bañaba,
mi mano le sujetó.
Llevé los ojos al cielo,
y el cuervo otra vez.

LAURA.

¡Oh, Dios!

RAMIRO.

Sobre mí paró su vuelo,
y entonces... ¡oh desconsuelo!...
agarro un venablo y dos...
Y uno tras otro le tiro
y ninguno le acerté...
y quieto, quieto le miro.

LAURA.

El afan que presagié
está muy cerca, Ramiro.
Anuncio de destruccion
es el cuervo...

RAMIRO.

No hay razon
para creerlo. Aquel dia
que te consagraste mia
dándome tu corazon...
(Se oye la vocina del castillo.)

LAURA.

Ramiro; no hay mas allá:
ese es el conde...

RAMIRO.

Que venga:
mi brazo te librará...
tu sangre no verterá,
á combatir se prevenga.

LAURA.

Quién cuidará la existencia
de Gustavo si tu mueres?
Necesaria es tu presencia...
le escudará la inocencia
si tú la vida perdieres?...

RAMIRO.

Jimena!...

ESCENA IV.

RAMIRO, LAURA, JIMENA.

LAURA.

Quién ha venido?

JIMENA.

Es el esclavo Aliatar.

LAURA.

Tanta ventura le pido
á Dios para el descreido,
cuanto ha sido mi pesar!
(Jimena se retira al fondo.)

RAMIRO.

Mi Laura, no mas temor...
cese un poco tu dolor!...
Quién sabe si en la ancha vega
que el Genil fecunda y riega
ya muerto el conde?...

LAURA.

Qué horror!...
Y por que se halle en la tumba
finará mi padecer?
y logrará ensordecer
mi oido á esa voz que zumba,
vil, adúltera muger?
Adúltera!... allí, entre flores
de muy diversos colores,
sus dulces horas divierte
sin saber cual es su suerte
el fruto de mis amores...
Llega; desde aqui le miro...
no ha tocado desengaños...

RAMIRO.

A qué viene ese suspiro?

LAURA.

Cuatro años de amor, Ramiro!
de crimen tambien cuatro años!

RAMIRO.

Ve con él, que es el encanto
y es la prenda de los dos...
Su boca enjugue tu llanto,
que el beso de un hijo es santo
como el aliento de Dios...

ESCENA V.

RAMIRO, *poco despues* ALIATAR.

RAMIRO.

Cuánto padece! Infeliz!
Y todo porque de marmol
no tuvo su corazon...

ALIATAR.

Don Ramiro; un africano
pues tiene sangre de tal,
aunque nacido y criado
en la vega de Granada,
os quiere hablar.

RAMIRO.

Y yo, acaso
cerré una vez el oido
á tus palabras, esclavo?
En cuanto pude, tu suerte,
Aliatar, dulcificando
has confesado por fin
que son hombres los cristianos
y abundan en compasion.

ALIATAR.

Y hoy como nunca mostrarlo
debeis en obsequio mio.

RAMIRO.

Y cómo?

ALIATAR.

Escuchad.

RAMIRO.

Ya callo.

ALIATAR.

Esta mañana marché
al pueblo que llaman Allo,
y supe allí que el monarca
de Castilla don Fernando,
con numeroso escuadron
pone cerco y muy cerrado
á Granada.

RAMIRO.

Ya lo sé.

ALIATAR.

Y sabeis, sino me engaño,
que esa ciudad es mi patria.

RAMIRO.

Y qué mas?

ALIATAR.

Que está mi brazo
ocioso en este castillo,
y que una prueba hoy he dado
como leal, que lo soy,
que merece...

RAMIRO, *impaciente.*

Aliatar, vamos...
acaba pronto...

ALIATAR.

Doncel,
el conde está batallando
y vos mandais en Lerin..

RAMIRO.

Del conde soy un vasallo;
la condesa es la que manda.

ALIATAR.

Pues bien; yo á vos os demando
mi libertad...

RAMIRO.

No es posible.

ALIATAR.

Que no he querido burlaros
ya sabeis, y el conseguirlo
estuvo ha poco en mi mano;
que bien pude, sin pediros
la licencia que reclamo,
quebrantar estas cadenas,
clavar la espuela al caballo
y á pocos dias sentir
el sol de mi cielo patrio.
Dadme libertad.

RAMIRO.

No puedo...

ALIATAR, *con intencion.*

Sí podeis...

RAMIRO.

Yo no soy amo
de los esclavos del conde.

ALIATAR, *con energia.*

Mi libertad.

RAMIRO

Insensato...
vienes con altanerias
sin reparar el estado
en que te puso la suerte?...

ALIATAR.

Sí, doncel; si bien esclavo,
jamas al honor falté..

RAMIRO.

Qué profieres?

ALIATAR.

Humillado,
y entre cadenas respiro
por mi mal, hace seis años...
mas nunca agarré el tesoro
que á mi lealtad fiaron.

RAMIRO, *con enojo.*

Aliatar!

ALIATAR.

El que en su cuello
este collar ostentando
en esta tierra maldita,
sirve de burla y de escarnio,
es dueño de tu secreto...
de tu secreto, menguado!...

RAMIRO.

Aliatar!

ALIATAR.

En este instante
te miro desde tan alto
que soy conde para tí...
Cuidado, doncel, cuidado;
que al volver el de Lerin
no mueva Aliatar sus labios,
y diga: "Conde, á mal tiempo
á tu castillo has llegado.
Aqui dejaste un tesoro
y no ha faltado un tirano

que se arrojara sobre él.
Mientras tú, adalid preclaro,
en las guerras de Granada
tu propio riesgo olvidando,
ganabas una corona
para volver mas gallardo
á los ojos de tu dama;
tu doncel, enamorado,
cantole trobas de amores,
tal vez estrechó su mano
con devorante pasion,
y cierto dia... al ocaso
bajaba ya el sol, ó conde,
cuando el doncel olvidado
de su honor y de tu honra,
con singular arrebato,
besó la mano de Laura;
y la condesa entregando
el corazon á un cariño
criminal, dijo, *yo te amo*,
y en sus brazos se arrojó:
y á muy poco los criados
del buen conde de Lerin
vimos á un niño... á Gustavo...
en el parque... en el jardin...

RAMIRO.

Silencio, vil africano.
(Le da un bofeton.)
Agradéceme la vida
que tienes aun, esclavo.

ESCENA VI.

ALIATAR, *solo.*

ALIATAR.

Venganza y maldicion: al que en sus venas
sangre mantiene de africana raza
solo porque respira entre cadenas,
ultrage tan cruel, que despedaza
mi cara y corazon, y hasta mi nombre...
Maldicion! Maldicion sobre tal hombre!...
Maldicion sobre mí, que sin matalle
lo he consentido... mísero! Esta frente,
la podrás presentar en plaza ó calle
con orgullo como antes insolente?
Dirás acaso... horrible desventura!
mi cara es negra, pero limpia y pura?
Aqui reside un corazon de fuego
que desprecia los riesgos del combate;
un corazon que no se ablanda al ruego,
ni á vergonzosa compasion se abate...
Y con todo, un doncel en mi megilla...
Maldito el sol que en el momento brilla!
Morirás, ó Ramiro; esa insolencia
pagarás con la vida que respiras
entre aromas y amor, y complacencia.
Insolente doncel, de este que miras
mísero... esclavo y ultrajado... güarte
este negro por fin ha de matarte.
Iré en busca del conde á do batalla,
y le diré tus locos desvarios;
le diré que en Lerin, que aqui se halla
el fruto de los necios amorios
de Laura... ya lo ves? Está tu suerte
en mis manos... y cuál? doncel, la muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

PERSONAS.

EL CONDE, ALIATAR, BERNARDO, LARA, LA GITANA, CABALLEROS, DON NUÑO, FORTUN, PAGES, &c.

Tienda del conde de Lerin en el campamento de don Fernando V en los campos de Granada: armas por el suelo: una mesa con algunas viandas todavia.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE LERIN, LARA, DON NUÑO: *algunos caballeros sentados á la mesa y servidos por pages y escuderos.*

EL CONDE.

Mayor fue la bizarria
de Hernando en otra jornada
junto á Baza.

LARA.

Sí; estremada.

DON NUÑO.

En cuál?

EL CONDE.

En la lid trabada
no mas que por su osadia.

D. NUÑO.

Pardiez, que es batallador,
el alcaide del Salar...

LARA.

De los buenos el mejor.

EL CONDE.

Es hombre de gran valor
Hernan Perez del Pulgar.

LARA.

Ese dia...

EL CONDE.

Os lo diré.

D. NUÑO.

En ella el conde se halló?

EL CONDE.

Allí, don Nuño, me hallé,
y del laurel que ganó
alguna parte alcancé.
Eran las dos: caballeros
de muy tajantes aceros
iban en la cabalgada,
y Hernando de los primeros
en una yegua tostada.
Campo de baza la gente
sin cuidado caminaba,
y del monarca valiente
á las plantas reverente
poner su presa aguardaba.
De improviso un escuadron
de moros se nos presenta,
y á su vista el corazon
de muchos se desalienta
y en ello tienen razon.
Que es valiente y muy crecido
el escuadron de los moros,
y el nuestro tan reducido
que no puede los tesoros
escoltar que ha conseguido.
Don Antonio de la Cueva
y don Francisco Bazan
que por capitanes van
proponen... hermosa prueba!..
lidiar en tan grande afan.
La gente empieza á gritar,
y el alferez portador
de la bandera, á olvidar
empieza tambien su honor
y quiere huir, no lidiar.
Entonces, Hernando Perez
ardiendo en ira, y cuidoso
del nombre español glorioso,
maldice al débil alferez
en tanto grado medroso.
Y pone un blanco tejido
en la punta de su lanza;
y el valor casi perdido
del escuadron aturdido
severo animar alcanza.
Y con atrevida frente
sobre los moros se arroja,
y su espada refulgente
á fuerza de sangre roja,
abre camino á su gente.
Y la victoria corona
su denuedo y su valor,
y entusiasmado clamor
de sus soldados le abona
por el soldado mejor.
Y la hueste castellana
libre del cercano azar,
se dispone á proclamar
del triunfo reciente ufana
á Hernan Perez del Pulgar.

LARA.

Por esa razon el rey
le dió merced.

EL CONDE.

Don Fernando
hizo muy bien, que premiando
se alienta el valor, y es ley
pagar al que sirve.

UN CABALLERO, *á Lara.*

Y cuándo
á vuestra empresa dais fin?

LARA.

Al de Córdoba se espera
esforzado caballero.

UN CABALLERO.

Y el conde?

LARA.

Tambien desea
en ayuda de Zoraida
blandir la espada sangrienta.
Es una muger hermosa
y desvalida y opresa,
y víctima del tirano
Boabdil; á su defensa
es justo que se prepare
quien de valiente se precia
y tiene muger hermosa,
sangre navarra en sus venas,
un acuartelado escudo
y pujanza á toda prueba.

EL CONDE.

Caballeresco romance,
el de Lara, hizo tu lengua.
Es cierto que lidiaré
por salvar á la hechicera
Zoraida de su tirano,

mas no por eso se empeña
mi valor por la muger.

LARA.

Eso dices, y en tu tierra
casado?

EL CONDE.

Yo no lo niego.

LARA.

Muger entendida y bella,
de su edad en lo florido...

EL CONDE.

Buen Lara, es cosa muy cierta.
Mas tengo yo por seguro
no esponer mi vida entera
porque quede en buen lugar
una hermosura cualquiera.

LARA.

Silencio, conde; callad;
yo creo que una belleza
que pide el favor del hombre
se obedece como reina.

(El conde rie.)

Reid, conde de Lerin...
Bendigo á la providencia
que clemente, generosa
me dió con tanta largueza
un corazon para amarla,
valor para defenderla.

Se oye algazara fuera de la tienda, algunos caballeros se levantan entre ellos el de Lerin.

EL CONDE.

Caballeros...

LARA.

Bien venida
la gitanilla á la tienda.

ESCENA II.

Los mismos y la GITANA. *Algunos caballeros siguen en la mesa; otros se acercan á la gitana entre ellos el* conde de Lerin y Lara. Fortun y Farfan, *escuderos de los dos, platican con gran misterio á la izquierda de sus señores, aunque algo retirados.*

GITANA.

Salud, á los caballeros
de la corte de Fernando.

LARA.

Salud á la gitanilla
mas donosa y de mas garbo...
de dónde vienes?

GITANA.

De dónde?

Algunos caballeros atienden á este diálogo. Otros hablan entre sí. El conde de Lerin se pasea con suma tranquilidad.

De correr por esos campos
diciendo buena-venturas
á los mejores soldados.

LARA.

Quieres decírmela?

GITANA.

Sí.

LARA.

Vamos, pues.

GITANA.

Dadme la mano.

LARA.

Dónde naciste, gitana?

GITANA.

No lo sé.

LARA.

Fueron cristianos
aquellos que ser te dieron?

GITANA.

Del Redentor soberano
que por nosotros muriera
en una cruz enclavado...
siguieron la religion.

LARA.

Y tú tambien?...

GITANA.

Eso es claro.
Cómo os llamais?

LARA.

Mi apellido
es Lara.

GITANA.

Nombre preclaro!...

LARA.

Y tú te llamas?...

GITANA.

Diamante.

LARA.

Mi suerte cuál es?...

GITANA.

A espacio,
que estoy mirando esta raya
y ella me dice que el lauro
ceñireis de la victoria
en un combate cercano.

LARA.

Y con quién será la lid?

GITANA. (*Sonriéndose.*)

Con gente que relicarios
no gasta ni cruces de oro,
y que defienden á palmos

la senda que á aquellos muros
conduce. Me esplico?

LARA.

Y tanto.

Dime, gitana...

GITANA.

Decidme,
buen caballero cristiano:
sois amigo de las damas?

LARA.

Cómo no, siendo soldado?
y teniendo un corazon
tan español, que este brazo
le pone siempre á merced
de la muger.

GITANA.

Insensato!...

LARA.

Y por qué?...

GITANA.

Perder la vida
por la muger!... desengaños
sacarás por recompensa;
de tu pasion hará escarnio...

LARA.

Las mugeres...

GITANA. (*Riéndose.*)

Son mugeres...

D. NUÑO.

Gitana, escucha...

GITANA.

Puf!... malo...

D. NUÑO.

Qué dices, demonio?

GITANA.

Un viejo
de nada sirve...

La gitana se confunde entre los caballeros, y les dice la buena ventura á cada uno de por sí: al final del siguiente diálogo entre los escuderos, se halla al lado del conde de Lerin, al que detenidamente observa.)

FORTUN.

Bernardo,
cuándo es la marcha?

BERNARDO.

A las dos

FORTUN.

Luego al fin se han arrojado
á defender á esa mora
que es adúltera, si de algo
sirven los dichos del moro...

BERNARDO.

Y quién á tal deslenguado
perro moro ha de creer?
Cuando el noble don Gonzalo
ha tomado la defensa
de doña Zoraida, es claro
que está pura como el dia,
que él es católico rancio...

FORTUN.

Ya son cerca de las dos
y aun no ha venido.

BERNARDO.

Menguados
quedaremos si al mensage
de esa infelice faltamos.

UN CABALLERO.

Justo es que premie, oh gitana,
tu buen deseo.

BERNARDO.

Cuitados!
creer á una gitanilla
es creer al mismo diablo.

UN CABALLERO. (*A Lara.*)

Y don Gonzalo?...

LARA.

No llega
y no es posible aguardarlo
por mas tiempo.

UN CABALLERO.

Si faltase...

LARA.

Llamareis á Garcilaso
que es tambien muy lidiador
y es un mancebo arrojado.

EL CONDE.

Qué miras, gitana?..

GITANA.

Qué?...
No sois el conde bizarro
de Lerin?

EL CONDE.

El mismo soy.

GITANA.

Con vos anoche he soñado.

EL CONDE.

Conmigo? gentil locura!
Y qué soñastes?

GITANA.

Un caso
horrible por vida mia.

LARA.

Jesus! y que apasionado
el buen conde de Lerin...

EL CONDE.

Es curiosidad...

LARA.

Ya estamos.

GITANA.

La mano... oh Dios!... me estremece!...

EL CONDE.
Gitana, á mí no.

GITANA.
Insensato!..
Tú dejastes un tesoro...

EL CONDE.
No.

GITANA.
Pues qué, no eres casado?..

EL CONDE.
Tienes razon... Adelante.

GITANA.
En tu castillo, en tus brazos
criastes al asesino
de tu honra y su recato.

EL CONDE.
Gitana!
(*Oyese una gritería grande.*)

UNOS. (*Dentro.*)
Muera el espía...

OTROS. (*Dentro.*)
No matarle...

LARA. (*A Bernardo.*)
Id á estorbarlo
Tal vez sepamos por él.

La gitana sale de la tienda sin hacer caso del conde que procura detenerla.

UN CABALLERO. (*A la gitana.*)
Eres de gracia un dechado.

ESCENA III.

Dichos, y FARFAN, *escudero.*

LARA.
Quién es, Farfan?

FARFAN.
Es un moro.
que pide hablar en secreto
con el conde de Lerin...

EL CONDE.
Conmigo?.. donoso empeño!...
Decidle que entre, Farfan.
(*A los caballeros.*)
Su demanda escucharemos.

FARFAN.
Me ha dicho que á vos tan solo
tiene que hablar.

EL CONDE.
Caballeros...

LARA.
Y si fuera un asesino
pagado por ese perro
de Ali.

EL CONDE.
Generoso Lara,
jamas me inspiraron miedo
esos cobardes que matan
con el puñal encubierto.

LARA.
Con todo..

EL CONDE.
Marchad.

LARA.
D. Nuño...
de aqui no nos alejemos.

EL CONDE.
Esa gitana en cuidado
por san Fermin que me ha puesto.
Laura infiel!... Es imposible.
Y si lo es!.. Bah!.. no lo creo.
Conversacion de gitanas
que solo viven mintiendo.

ESCENA IV.

EL CONDE, ALIATAR.

EL CONDE.
Qué me quieres, infiel?

ALIATAR.
En cuatro años
olvidásteis, señor, estas facciones?...

EL CONDE.
Será un sueño? Aliatar!... En busca mia,
quién te conduce? Quién te dió licencia
de romper tus cadenas?

ALIATAR.
Señor conde,
me fue negada.

EL CONDE.
Y tú, mísero esclavo,
intentastes huir?..

ALIATAR.
Huí, que en valde
corriera sangre de africana raza
por mis venas, señor,

EL CONDE.
Vencido hubieras
en la sangrienta lid, y en esta hora,
ni falto de honra ni mi esclavo fueras.

ALIATAR.
Falto de honra decis! Es cierto, conde;
aqui tengo su mano todavia;
gravada á mi pesar aqui la llevo;
mas ay! venganza, y la venganza mia
os toca á vos tambien.

EL CONDE.

Donosa idea!

ALIATAR.

Qué!... no castigareis al atrevido
que ha humillado mi ser?

EL CONDE.

Esa es la suerte
del que esclavo cayó.

ALIATAR.

Suerte horrorosa!...
ni en desagravio le dareis la muerte?...

EL CONDE.

La muerte!... pero á quién?

ALIATAR.

A don Ramiro.

EL CONDE.

A mi doncel? Por tí? loco viniste
si por un bofeton dado á un esclavo
la pronta muerte del doncel creiste.

ALIATAR.

No le habeis de matar!... Y si Ramiro
faltando á su deber de caballero
puesto hubiera sus ojos atrevidos
en Laura... con puñal ó con espada...
castigariais...

EL CONDE.

Aliatar!... silencio.

ALIATAR.

Y por qué he de callar, si cuanto digo
no es mas que la verdad?

EL CONDE.

Una sospecha...

ALIATAR.

Es realidad.

EL CONDE.

Tal vez su mucho celo...

ALIATAR.

Decid mas bien, su amor.

EL CONDE.

El de un amigo.

ALIATAR.

Si es pasion la amistad, y tan ardiente
que casi es un delirio que atropella
el respeto y amor de cien mayores,
y el honor y respeto de una bella...
Si tienen por amigo las mugeres
al que oprimido de pasion el pecho
lisongea con cánticos su oido,
y las llama su bien y su ventura,
y el corazon y la existencia junto
ofrecen á los pies de su hermosura;
si es ser amigo el estrechar su mano;
y el ósculo de amor grabar en ella,
un amigo teneis muy declarado
y un esclavo teniades. Ahora
el amigo en Lerin seguro habita
el guardado castillo, y el esclavo
presente se halla aqui, presente estuvo
tambien á su pasion...

EL CONDE.

Y tan infame,
tan embustero y ruin...

ALIATAR.

Decis que miento?..
oid y lo direis con mas justicia..
Yo le pedí mi libertad; humilde
fue mi plegaria, y en mi mano estaba
la suerte de los dos; me la negaron.
Entonces yo los provoqué á la lucha,
insulté su pasion, y arrebatado
vuestro doncel... aqui... sabeis quien via
escena tan cruel?...

EL CONDE.

Dilo.

ALIATAR.

Gustavo.

EL CONDE.

Y Gustavo, quién es?...

ALIATAR.

Si son mentiras
del insolente esclavo. Qué impostura!

EL CONDE.

Dí, quién es, Aliatar?...

ALIATAR.

Es inocente,
es puro como el sol y tan hermoso...
es un niño, señor...

EL CONDE.

Acaso Laura?...

ALIATAR.

Es el hijo de Laura y de su amigo...

EL CONDE.

Maldicion, Aliatar: yo los maldigo.

ALIATAR.

Impostura!... venid.

EL CONDE.

Fortun, mis armas...
Necesario es partir y al momento.
Me ha de ver y muy pronto.

ALIATAR.

Generoso
con ellos no sereis?

EL CONDE.

Ni con su sangre
saciaré mi venganza: te lo juro,
Fortun!... Infame, al que ciñó á su frente
una ilustre corona de condesa
faltarle de ese modo!

ALIATAR.

Y sin venganza...

EL CONDE.

Imposible, jamas. Yo que del lodo

la saqué por mi mal, en que yacia...
Cuál es mi galardon ?...

ESCENA V.

Dichos, LARA, OTROS CABALLEROS, FORTUN *y* OTROS ESCUDEROS.

EL CONDE. (*A Fortun.*)
Pronto un caballo.
(*Empieza á vestirse las armas.*)
Ayúdame, Aliatar: famosa espada,
honra del de Lerin, tú que debias
esta tarde vencer por una hermosa
combatiendo en la plaza de Granada,
ya no te romperás; mas débil pecho
te preparo desde hoy...

LARA. (*Entrando.*)
Estais ya pronto?...

EL CONDE.
Pronto estoy para herir.

LARA.
Ya nos esperan.
El de Córdoba, oh conde, no ha venido.
Somos tres nada mas, si Garcilaso
rehusase la lid.

EL CONDE.
Basto yo solo...

LARA.
Eso es ya presuncion...

EL CONDE.
Estoy seguro,
yo voy solo á matar, y vuestro brazo
pasivo quedará.

LARA.
Cuando esa mora
reclamó mi valor y mi pujanza,
contemplaré la lid, mi brazo quieto,
tambien tranquila mi robusta lanza.

EL CONDE.
Qué gente tan estúpida! pensando
en libertar á una muger!... que muera
yo á combatir no voy por lo que llaman
en el mundo muger.

LARA.
Y á dónde entonces
armado os dirijís...

EL CONDE.
A mi castillo...
es niño, no es verdad? La sangre de ámbos
caerá sobre su frente maldecida.

LARA.
Conde, venís ?

EL CONDE.
Yo no.

LARA.
Farfan...

FARFAN. (*Entrando.*)
Ya esperan
los caballos, señor.

EL CONDE.
Fortun...

FORTUN. (*Entrando.*)
Dispuesto
está vuestro bridon.

EL CONDE.
Adios te queda,
ciudad de Boabdil.

LARA.
Que sepa el mundo
que la muger que en su defensa llame
á cualquier español, esté segura
de su apoyo: á lidiar por la hermosura.

EL CONDE.
A derramar la sangre de una infame.

Salen por distintos lados. Los caballeros siguen á Lara.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

PERSONAS.

EL VENTERO, MARI-GARCIA, UN SOLDADO, ALIATAR, EL CONDE, LAURA, RAMIRO, UN NIÑO.

El teatro representa una venta.

ESCENA PRIMERA.

EL VENTERO, MARI-GARCIA, UN SOLDADO.

EL VENTERO.
Qué os fue tan mal en la guerra?

EL SOLDADO.
Tan mal que juré á los santos
no ceñir mas el arnés.

EL VENTERO.
Ese trage es de soldado...

EL SOLDADO.
Lo llevo hasta que concluya,
que el pobre Jimen Navarro
no tiene muchos, amigo.

EL VENTERO.
Buena espada. *(Examinándola.)*

EL SOLDADO.
No es estraño,
el conde de Bracamonte
me la dió, como agasajo
debido á la lealtad
con que le serví tres años.

EL VENTERO.
Y por qué le abandonaste
en su desgracia?

EL SOLDADO.
Malvado
es y maldito será
el que abandona á sus amos
cuando sopla el huracan
de las desdichas. En tanto
que perseguido del rey
fue una carcel su palacio,
y mientras huian de él
los mismos que antes gozaron
mas que otros de su fortuna,
su escudero, su vasallo
no le abandonaba, no.
Mil veces con estas manos
las lágrimas enjugué
que derramaba abismado
en afliccion espantosa;
y si el recuerdo inhumano
de un hijo que combatia
los estandartes de Carlos
turbaba su paz un punto...
solícito á consolarlo
se aprestaba su escudero:
asi se porta un soldado.

EL VENTERO.
Tu lealtad bien merece
que echemos los dos un trago.

EL SOLDADO.
A la salud de los pocos
que en este mundo quedamos...
me entendeis?

EL VENTERO.
Mari-Garcia,
sácate pronto aquel jarro.

MARI-GARCIA.
El vino con que regalas
de Viana á los partidarios?...

EL VENTERO.
Del mismo.

MARI-GARCIA.
Costumbre infame!
brindar por rebeldes... Vamos.

EL SOLDADO.
Señora Mari-Garcia...

EL VENTERO.
Señor camarada, á espacio...
que es muger y mi muger;
bebed y no hacerla caso.
A dónde fuisteis despues
del terrible descalabro
de la batalla de Eibar?

EL SOLDADO.
No quise ofrecer mi brazo
al monarca de Aragon,
y de Herodes á Pilatos
anduve de aventurero.
En encuentros señalados

di muestra de mi pujanza
y fuí bien recompensado.
Serví al de Luna tambien.

EL VENTERO.

A don Alvaro?

EL SOLDADO.

A don Alvaro.

EL VENTERO.

Buen amigo del de Viana!

EL SOLDADO.

Pobre conde! en el cadalso
murió de Valladolid.
Qué serenidad! fué un pasmo!

EL VENTERO.

Ya se vé!... murió inocente...

EL SOLDADO.

Téngale Dios en descanso.

EL VENTERO.

Y dònde piensas, Jimen,
disfrutar los pocos años
que en este mundo te quedan?

EL SOLDADO.

Yo estoy muy viejo, y aguardo
que el buen conde de Lerin
me reciba por criado.
Bien que su padre siguiera
el estandarte contrario,
es su hijo.

EL VENTERO.

Pues el conde,
cuatro años seran pasados
que falta de su castillo
y donde para ignoramos.

EL SOLDADO.

Esperaré; qué he de hacer?

EL VENTERO.

Haces bien en esperarlo,
que es caballero y cumplido
si bien adusto en su trato.
(Se oyen pisadas de caballos.)
Oiga... huéspedes tenemos.

EL SOLDADO.

Caramba!... que traen un paso
que parece que los siguen
y les van alcance dando...
(Se oye un grito.)

EL VENTERO.

Dios eterno! se mató...

EL SOLDADO.

A su socorro acudamos.

EL VENTERO.

Ya le alza su compañero.

EL SOLDADO.

Vamos allá.

ESCENA II.

Dichos, EL CONDE DE LERIN, ALIATAR.

EL CONDE.

Mas despacio...

EL VENTERO.

Apenas vuelto del susto
iba ya, cuando...

EL CONDE.

Por ello
os da las gracias el conde
de Lerin...

EL SOLDADO.

El conde?... Bueno.

EL CONDE.

Aliatar... algunas doblas
da en mi nombre á este ventero.
Maldita casualidad!
caer mi valiente obero
y retardar mi venganza!...
Es posible que ahora mesmo
esten diciéndose amores,
y arrojando el vilipendio
en la frente encanecida
de su marido. Perversos!...
Aliatar.

ALIATAR.

Qué me mandais?

EL CONDE.

Un caballo en el momento.
Registrad toda la venta
y si hay alguno, lo quiero.

EL VENTERO.

No es mala ocasion, Jimen.
Dale tu caballo, y luego...

EL SOLDADO.

Es verdad; pues á la obra.
(Se va acercando poco á poco.)

EL CONDE.

No me esperan... pobres de ellos!...
Laura, corona de conde
coloqué sobre tu frente;
en pago tu amor ardiente
pedí solo... y, dó está? dónde?...
Yo te entregué mi existencia
ya triste y encanecida,
es verdad, pero sumida
entre honores y opulencia.
Yo te dije en el altar,
Laura mia, Laura hermosa
si al fin has de ser mi esposa

no me des Laura un pesar.
Yo te amaré con delirio...
mas tú me amaras tambien...
Pero lo has cumplido?... Bien...
Yo daré á tu amor martirio...

EL SOLDADO.

Caballero.

EL CONDE.

Qué quereis?

EL SOLDADO.

Yo tengo un caballo bueno
y descansado.

EL CONDE.

Podrá
caminar en poco tiempo
las leguas que hay desde aqui
hasta Lerin?

EL SOLDADO.

Yo lo creo.

EL CONDE.

Vuestro caballo es ya mio.
En el castillo soberbio
del de Lerin esta noche,
señor soldado, os espero...
mañana á lo mas tardar.

EL SOLDADO.

Dichoso viaje os dé el cielo:

EL CONDE.

Aliatar!...

ALIATAR.

Cuando gusteis.
Aderezados están
los dos caballos.

EL CONDE.

Marchemos.

EL VENTERO.

De prisa va el de Lerin...
Seor Jimen, vamos adentro.

ESCENA III.

RAMIRO, *solo.*

Sala en el castillo del conde. Un pabellon en medio, en el que se supone está la cama de un niño. Puerta secreta en el fondo, y á la izquierda del espectador. Otra que dá á la cámara de Laura.

RAMIRO, *con los ojos fijos en el pabellon.*

Pobre niño! yo entre tanto
que dure tu sueño santo,
velaré junto á tu lecho,
de pesar herido el pecho
la cara bañada en llanto.
Duerme, ó niño, y si el amor
de padre hubiere perdido,
te veria sin dolor
allá en los brazos dormido
del divino Redentor.

ESCENA IV.

RAMIRO, LAURA, *despavorida sale en el mayor desorden de su cámara.*

LAURA.

Piedad, piedad...

RAMIRO.

Oh Laura de mi vida...

LAURA.

Perdon, no me mateis.

RAMIRO.

Qué te alborota?
Angel mio, qué tienes?

LAURA.

Separaos...
no me toqueis por Dios, que sangre brota
mi vestidura: manantial horrible
sobre ella destiló...

RAMIRO.

No me conoces?
Soy Ramiro...

LAURA.

Ramiro ya no existe,
yo le he visto en su tumba; he recogido
su aliento al espirar... momento triste!

RAMIRO.

Vuelve en tí, dueño del alma.
Mira, que Ramiro soy,
vuélveme el bien que ha perdido
ahora mismo el corazon.
No te acuerdas? Soy Ramiro,
quien su alma y vida te dió
en un sentimiento solo
llamado en el mundo amor:
Aquel que mira á los cielos
rebosando en su pasion
y mira allí su castigo,
siendo su esperanza Dios.
El que, Laura, en este mundo
tan desgraciado nació,
que no pudo amar sin crimen;
y á pesar de todo amó.
No reconoces, oh Laura,
aquella sentida voz
que antes llevaba á tu oido

el canto del trobador?

LAURA.

Eres tú, Ramiro, tú?
Si he visto ahora mismo yo
tu sepultura, tu cuerpo,
mutilado con horror.

RAMIRO.

Ilusiones!... Ese sueño
olvídese ya, que estoy,
sino á los pies de una diosa,
al lado de mi señor...
tú mandas en mí.

LAURA.

Y hay otro
que dispone de los dos!...

RAMIRO.

Felices al fin seremos!...

LAURA.

Lo juras por nuestro amor?

RAMIRO.

No lo sé; tarde ó temprano...
el sueño que te turbó...

LAURA.

Ah! Ramiro, silencio, á ese recuerdo
de ser dichosa la esperanza pierdo.
Yo soñé que en blando lecho
de pluma y flor descansaba;
yo soñé que respiraba
el aliento de la flor;
y que en el fondo del pecho
que enamorado latia,
un acento me decia...
"*Feliz, ó Laura, es tu amor!*"
Yo ví tu pálida frente,
y tu mirar soberano;
yo misma llevé tu mano
encima del corazon;
y al sentir su peso ardiente
el alma se me abrasaba,
y feliz se dilataba
en un mundo de pasion.
Guirnalda hermosa de flores
mi sien ceñia; flotante
mi cabellera ondulante,
y al lado mio el doncel:
y solamente de amores
se escuchaban, mi Ramiro,
tu palabra y mi suspiro
en el paraiso aquel.
Un angel puro reia
mirándonos á los dos;
un bendecido de Dios
estaba, Ramiro, alli:
y en su infantil alegria
la vista al cielo llevaba,
y á Dios por tí suplicaba,
y â Dios rogaba por mí.
Madre tierna y cariñosa
recompensé su ternura,
y en su megilla tan pura
el beso de amor grabé;
y sobre su frente hermosa
mi impura frente caida,
lágrimas de arrepentida,
de enamorada lloré.

RAMIRO.

Cálmate, por favor, hermosa mia;
al sueño vuelve hasta que torne el dia.

LAURA.

De pronto aquella cabeza
que en mi locura y cariño
crei de inocente niño,
en un tajo se cambió.
Y aquella risa y belleza,
y la plática de amores
y aquel aroma de flores
en horror se convirtió.
Que el vergel de tanta gala
y suave olor perfumado
por dos seres habitado
y nacidos para amar;
no es mas que una estrecha sala
do la luz apenas brilla,
con un tajo y la cuchilla
que á algun hombre ha de matar.
Y una campana sonaba
y al destemplado clamor
era, ó Ramiro, mayor
mi tormento y mi inquietud;
que alli presente miraba,
por mi mal bien conocido,
un doncel de muerte herido
encima del atahud.
A espectáculo tan triste
mis ojos se despertaron,
y á tí, Ramiro, buscaron...
y no te hallé por mi bien...

RAMIRO.

Y el mancebo que alli viste...
Por qué, Laura, tal desvio?...

LAURA.

Pregúntalo al llanto mio;
no puedo decirte quien.

RAMIRO.

No tengas miedo, mi Laura;
no tengas por mí temor.
Ese moro descreido
que del castillo se huyó
no habrá dado con el conde.

LAURA.

Y si el conde es sabedor
de esta pasion criminal...

RAMIRO.

Imposible.

LAURA.

Y por qué no?
Tarde ó temprano el delito
se vé mas claro que el sol.
(Se oye la corneta del castillo.)
Quién será?

RAMIRO.

Algun caminante,
no tengas miedo, por Dios...

LAURA.

Yo no sé, Ramiro mio,
por qué me estremece hoy
el venatorio sonido
de esa corneta... Qué horror!
Si fuese el conde!

RAMIRO.

Imposible...

LAURA.

La paz de mi corazon
necesita esa creencia.
No has oido?... pasos...

RAMIRO.

No...

LAURA.

Escucha bien.

RAMIRO.

Laura mia...

LAURA.

No escuchas?

RAMIRO. *(Aparte.)*

Tiene razon.

LAURA.

Si habrá alguna puerta aqui...
Ramiro...

RAMIRO.

Laura... valor...

LAURA.

Si tocan algun resorte...
ignorado de los dos...

RAMIRO.

Silencio por piedad... en aquel lado...
acudamos alli... si alguno avanza...

Ramiro coge de la mano á Laura y se encamina á la puerta de la derecha con la daga en la mano.

LAURA.

No me atrevo á mover...

RAMIRO

No tengas miedo...

En el momento de llegar los dos cerca de la puerta, ésta se abre y se presenta Aliatar. Laura retrocede horrorizada y al clavar los ojos en la puerta del foro, ésta se abre tambien y se presenta el conde.

ALIATAR.

Venganza!

RAMIRO.

Eterno Dios!
(Laura da un grito y cae.)
Laura!

EL CONDE.

Venganza!..

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

LAURA, ALIATAR, EL CONDE, UN NIÑO, RAMIRO.

Una cámara cerrada: en el fondo una puerta. A la izquierda del espectador una ventana.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE LERIN, ALIATAR *algo retirado.*

EL CONDE.

Injusto es perdonar á quien nos vende
de manera tan vil: mientras mi brazo
en las fértiles vegas de Granada
el primero en lidiar, yo combatia
por enclavar en la morisca almena
el pendon de Jesus y de Maria,
y en el cerco de Baza los laureles
de Pulgar y la Cueva compartia,
mi esposa aqui, la que saqué del lodo,
miserable muger que no contaba
ni con una esperanza en este mundo,
cediendo á su pasion, ó á su capricho

sus sagrados deberes olvidaba.
La honra limpia hasta el presente dia.
del conde de Lerin y hora manchada
por un pobre doncel, lavarse debe
con sangre y nada mas. Este es el mundo
y esta es la muger. Huérfana, sola,
pobre, sin porvenir, la mano mia
la arranca de ese abismo y la rodea
de criados, de títulos, de honores,
de opulencia y de amor, y la coloca
sobre un trono de conde de Navarra...
Sentada en él, qué hace? Es imposible...
no parece verdad. Con pie atrevido
pisotea los títulos que tiene,
su opulencia y su honor echa en olvido.
Todo por un doncel, que mas grandeza
no tiene que sus trobas y cantigas...
Muger... al fin muger! Pero olvidaste
quién era yo: creiste que mi brazo
temblaria al herir... ah!.. te engañaste!...
Sin sentir hácia tí la llama ardiente,
eso que dicen amoroso fuego,
yo te sabré matar mi honor vengando
sin dignarme escuchar tu triste ruego.

ALIATAR.

La perdonais al fin?

EL CONDE.

Yo perdonarla?...
Es estraño, Aliatar, que esto me digas,
cuando juré por el patron Santiago
su sangre derramar.

ALIATAR.

Como os veia
melancólico...

EL CONDE.

No.

ALIATAR.

Tal vez la llama
venza de vuestro amor...

EL CONDE.

No amé en la vida.
La conduje á mi tálamo por bella..
por orgullo no mas.

ALIATAR.

A su plegaria
no podreis resistir: nadie resiste
cuando una hermosa llora.

EL CONDE.

Eso se queda
para el hombre que amó; que tiene un alma
como alma de muger... mas yo?... Imposible,
no se lo que es amor.. lo que es mi honra
lo sé bien, Aliatar.

ALIATAR.

Y si arrojada
a vuestros pies con súplica llorosa,
con lágrimas de sangre, arrepentida
os demanda perdon?...

EL CONDE.

Verás mi boca,
oh moro, sonreir...

ALIATAR.

No, señor conde;
el grito de piedad en vuestro pecho
sonará con mas fuerza.

EL CONDE.

El de venganza
se dejará sentir como del trueno
el estallido atroz. Ay del incauto
que me ruegue por ellos!..

ALIATAR.

Os prometo
no ha de ser Aliatar.

EL CONDE.

En el castigo
pensando estaba. Dí; qué te parece,
encerrar á los dos en una torre?

ALIATAR.

Y ese castigo es cuando se aman
esos dos que encerrais?... Con alegria
bendecirán su juez...

EL CONDE.

Me has convencido:
un veneno á los dos...

ALIATAR.

Chico tormento
les preparais, señor; eso... una hora
ha de durar lo mas, y vuestra afrenta
eternamente dura...

EL CONDE.

Que Ramiro
la mate, no es mejor?

ALIATAR.

Entendeis poco
el corazon de la muger. La muerte
recibirá con gusto de su amante,
y tendrá por feliz su adversa suerte.
Me quereis escuchar?

EL CONDE.

Bien: ya te escucho.

ALIATAR.

No tiene Laura un hijo?

EL CONDE.

Sí: lo tiene.

ALIATAR.

Ese niño es el ídolo de entrambos
porque sus padres son...

EL CONDE.

Acaso quieres
que muera un inocente?

ALIATAR.

Ni pensarlo.

Obligadla á elegir entre su amante
y ese niño...

EL CONDE.

Muy bien.

ALIATAR.

Que Laura escoja
la muerte de uno de los dos; que sufra:
hieran su corazon dos sentimientos...

EL CONDE.

Y si vence el amor?...

ALIATAR.

Tambien la muerte
ese amor premiará.

EL CONDE.

Que venga Laura!

ESCENA II.

EL CONDE DE LERIN.

Pobre muger! Compasion
algunas veces me da
por ser tan niña. Qué hará
cuando vea mi sayon
en esa estrecha prision
al doncel en su presencia
dar la muerte? Mi existencia,
Laura, habrá de maldecir
y por recurso pedir
favor á la Providencia.
Yo bien pudiera, á querer,
perdonar su desvario,
y su deshonor y el mio,
que al fin es una muger...
mas, no será envilecer
la honra de mis mayores
si olvido asi sus amores,
y echar un borron sin fin
en mí, conde de Lerin,
de mi escudo en los colores?...
Mengua y oprobio seria
de mi nombre y mi grandeza
perdonar esa flaqueza
que es mas bien alevosia;
si presente noche y dia
en mi castillo encerrado
hubiera sido engañado...
menos malo; pero ausente...
villania es insolente
del doncel enamorado.
Una argolla hay en mi puerta,
y tambien una cuchilla;
la que mi honra mancilla,
bueno es que presencie yerta
por el miedo, casi muerta,
el fin del loco doncel
colgándolo de un cordel,
y que mire con paciencia
la notable diferencia
que existe entre el conde y él.

ESCENA III.

EL CONDE DE LERIN, LAURA.

EL CONDE.

Pensaba, Laura... callad;
no mi plática turbeis,
que á vuestro esposo debeis,
sino cariño, humildad.
Y en mi presencia sabed
que no habeis de alzar la frente
ni por acaso.

LAURA.

Obediente
os oigo...

EL CONDE.

Pues atended.
En la miseria sumida,
sola, sin nadie en el mundo,
á un abandono profundo
condenada vuestra vida...
Cuál iba á ser vuestra suerte?
Eran vuestros sueños de oro?
Una existencia de lloro
teniais; despues la muerte.
Viejo y conde, no cuidando
del qué dirán en la corte,
caballero de buen porte
sus blasones olvidando,
la mano suya te dió,
y tú, Laura, la aceptaste,
y su esposa te llamaste...
ese doncel era yo.
Un augusto mandamiento
me arranca de mis almenas
y me lleva á las arenas
del manso Genil. Contento
Para que España se asombre
y dar mas lustre á mi esposa
con mi espada victoriosa
aumento gloria á mi nombre.
Y en cien lides contra el moro
de las vegas de Granada
gané con mi noble espada
respeto, honor y decoro.
Entre tanto recogida
en mi castillo, ¿mi esposa

vivia tal vez llorosa,
ó era mas dulce su vida?
Vivia en culpables lazos
olvidándome... no miento...
violando su juramento,
arrojada en otros brazos.
Vivia contra mi honor
una vida de ternura,
marchita ya su hermosura
con el fuego del amor:
que esta pasion se retrata
en el semblante.. Inocente,
tranquila brilla la frente;
culpable, la vida mata.
Pues bien; yo me vengaré
de mi decoro ofendido;
venganza, venganza pido;
y juro que la tendré.

LAURA.

Teneis razon en pedir
venganza contra mi amor;
la teneis, conde, mayor
en mi enlace maldecir.
Mas ¡ay Dios! yo no sabia
cuando al sacro altar subí,
y pobre huérfana uni
á vuestra mano la mia.
Ah! buen conde, yo ignoraba
tan encubierta pasion;
creí que mi corazon
libre y puro respiraba.
Creí que el fulgente brillo
de tus armas y escusones;
y tus antiguos blasones,
y tu estado y tu castillo,
bastaban para inspirar
pasion ardiente y sincera,
pues no sabia lo que era
el sentimiento de amar.
Ya por mi mal lo probé,
ya sé lo que es su ternura;
la copa de la amargura
por él, ó conde, apuré.
Ni una hora sin llorar,
ni un momento sin terror;
ni un sueño de buen sabor;
no se puede respirar.
Al juramento sagrado
falté, señor, castigadme;
al abandono lanzadme
de que vos me habeis sacado.
En recogido convento
que pobre asilo me den;
y que me dejen tambien
ganar mi propio sustento.
Y en los místicos cantares
que de alli suban á Dios,
yo suplicaré por vos
delante de sus altares.
Mi vida será un suplicio...
ni una noche dormiré...
os juro que vestiré
tosca jerga y un silicio.

EL CONDE.

Risa me das á fe mia...
me pides un monasterio
en pago del adulterio
para llorar noche y dia?...
(Con la mayor energia.)
Os acordasteis, señora,
cuando adorabais en él,
y era el galano doncel
vuestra deidad seductora...
Acaso tuvo presente
á su marido la hermosa?
Qué hizo entonces la esposa?
Amar, amar solamente.
Una mancha en el honor
de un honrado caballero
sangre pide; sangre quiero,
la sangre de mi ofensor.
Del de Lerin en mancilla
el pobre doncel viviera...
cercana muerte le espera...
el verdugo y la cuchilla.
Jesus! os estremeceis?
Pues yo bien tranquilo estoy...
vos misma en el dia de hoy
su suerte le anunciareis...

LAURA.

Yo?

EL CONDE.

Vos.

LAURA.

Jamas.

EL CONDE.

Insolente...
bajad esos ojos ya:
solo el que sin culpa está
levanta ante mí la frente.
Vos misma habeis de anunciar
su muerte al doncel ya preso;
y sino os contenta eso,
sabed que os ha de pesar.

RAMIRO.

Yo, señor, he de decir...
doncel, doncel...

EL CONDE.

Mi Ramiro...
dulce bien por quien suspiro...

LAURA.

Es necesario morir!

Ah! no; imposible, señor;
imposible.

EL CONDE.

Que lo hareis,
y sin réplica.

LAURA.

No veis
que ha de matarle el dolor?...

EL CONDE.

Laura...

LAURA.

Piedad... *(Se arrodilla.)*

EL CONDE.

A mis pies
por el que mató mi honra?
Todavia es mas deshonra
tu suplicante interes.

LAURA.

Muévaos á compasion
este lloro que derramo...
(Con humildad.)
No puedo negar que le amo
con todo mi corazon.
Y esta boca que le dijo
amores, cortesanias;
que tal vez los pocos dias
de su existencia bendijo,
podrá decirle... "doncel,
ánimo, cese tu llanto,
que va á cesar tu quebranto...
un verdugo y un cordel...
Ah! buen conde, no sereis
tan inhumano y feroz,
que os enternezca mi voz
y es muy posible que ameis.

EL CONDE.

Al fin me rindo al acento
de una hermosura llorosa,
no á los ruegos de una esposa.

LAURA.

Me habeis dado gran contento.

EL CONDE.

En vez del doncel... Gustavo,
vuestro hijo morirá.

LAURA.

O conde!...

EL CONDE.

Alguno será,
no hay mas.

LAURA.

Tu clemencia alabo.
El hijo del alma mia
morir sin culpa!... qué horror!
Qué culpa tuvo, señor,
en esta pasion impia!

En este momento aparece por el fondo Aliatar con un niño de la mano: Laura lo precipita en sus brazos y lo llena de besos.

Hijo de mi corazon!

EL CONDE.

Mucho le quereis, señora?...

LAURA.

El alma ciega le adora...
es mi orgullo... mi baldon.

EL CONDE.

Uno de los dos...

LAURA.

Ninguno.

EL CONDE.

Pues bien; los dos.

LAURA.

Si en el pecho
con mi afan ya satisfecho
teneis sentimiento alguno
de ternura y de piedad...
si de grande teneis nombre
justamente; si sois hombre...
sed sensible y perdonad.
Por este llanto que vierto
á vuestros pies arrojada;
por mi pena desolada,
por vuestro padre ya muerto
perdon: esta criatura,
qué culpa tiene?... decid...
Gustavo, doncel, vivid...
y es completa mi ventura...
Y matadme á mí, muger
de crimen y meldicion,
pues que tuve un corazon
que no supo aborrecer.
Suplícale tú: su mano
besa y tambien su rodilla...
el lloro de la megilla
caiga sobre él... inhumano!...
Ay! miradle solamente...
el hijo de mi cariño!...
Escuchad solo á este niño...
os ruego de un inocente...

EL CONDE.

Oid, Aliatar y esacto
cumplid mis órdenes luego...

ALIATAR.

El bofeton todavia
está mi semblante ardiendo...
Sangre pide, señor conde...

EL CONDE.

Yo tambien sangre deseo.
A la torre del castillo
voime, Aliatar: al momento
tú mismo... tú mismo... entiendes?...
has de conducir al reo

á esa cámara cercana
que desde este sitio vemos:

ALIATAR.

Os juro que yo en persona
he de conducir al preso.

EL CONDE.

Apenas la campanada
tercera escuches, el cuello
ha de caer de Ramiro...
Mi verdugo es tan ligero,
que desde el sonido al golpe
no hará pasar mucho tiempo.

ALIATAR.

Alá le inspire en el trance!...
no le quisiera tan diestro.

EL CONDE.

Si Laura te presentase
ese niño, que de besos
colma ahora, cuidarás
de suspender el tremendo
castigo; mi voluntad
es esta: y á vista de ellos,
de esa muger y Ramiro
matarás el niño...

ALIATAR.

Qué haré de vuestro ofensor?..

EL CONDE.

A tu venganza le entrego.

LAURA.

Conde, conde...

(Se arroja en el mayor desorden á los pies del conde y éste le rechaza con sequedad.)

EL CONDE.

Basta ya.

ESCENA IV.

LAURA *y el* NIÑO.

LAURA *se levanta del suelo medio desvanecida: se recobra por momentos de su turbacion: y colocando su mano derecha sobre la cabeza de Gustavo, dice:*

Pobre niño, quién dirá
al verte puro, inocente,
que una cuchilla ya está
amenazando tu frente?
La vida que recibiste
será muy corta y muy triste..:
la divina Omnipotencia
es dueña de tu existencia...
para el mundo no naciste.
Fruto de un crimen de amor
en un abismo profundo
te ha arrojado el Criador;
que vuelva al sumo Hacedor
el angel que dió á este mundo:
Y yo, su madre, muger
que en el seno le llevó,
y amorosa le crió
ha de verle perecer?
Morir Gustavo!... eso no.

(Pausa.)

Y Ramiro? infeliz! à tercera
campanada que suene, la cuchilla
caerá sobre él... entre las manos brilla
del verdugo feroz que allí le espera.

(Clava la vista en la cámara de que habló antes el conde.)

Qué semblante! infernal... Y mi Ramiro?..
no está con él aun... ah! yo le adoro
con todo el corazon... cielos!... el moro..
y tambien el doncel por quien suspiro!..
Sus manos un cordel ata y oprime...
qué hermosa palidez... la de la muerte!...
Oh! si pudiera remediar su suerte!..
placer tendria el corazon que gime.
Imposible!... no mas... el me adoraba,
yo le amaba tambien: yo le queria,
como los rayos del fecundo dia...

(Suena la primera campanada.)

Deteneos, señor; soy vuestra esclava.
Os besaré los pies, si de Ramiro
no tocais á un cabello, y qué pedis?

(Con alegria.)

mi idolatrado hijo?... le admitis?..
os le entrego... qué horror!

(Se oye un quejido.)

Ese suspiro..
De quién es? de quién es?..siento en mi frente
poderoso volcan que me destruye...
yo quisiera llorar y el llanto huye
de mis ojos... ó Dios omnipotente..
dónde estan estas lágrimas? en dónde?
Mi Ramiro...

(Suena la segunda campanada.)

Piedad..

RAMIRO. *(Dentro)*

Laura querida:

LAURA.

Arrodillado ya..

RAMIRO. *(Dentro.)*

Laura...

LAURA, *en la mayor agitacion.*

Mi vida..
nada mas, que soy madre.. Conde, conde!

(Gritando.)

Maldicion! maldicion á tu existencia.

(Delirando.)

bendicion y placer!... qué generoso!...
para el golpe, verdugo; ven, esposo;
que contenga su brazo tu presencia.
Una campana?... no...
todo es ilusion mia;
acabará este dia
bello como nació.
Mucho tarda! dónde está
mi doncel, mi tirano?
en el bosque cercano
sin duda cazará.

RAMIRO. *(Dentro.)*

Laura!!..

(Suena la tercera campanada y Laura estrecha á su corazon á su hijo.) Se oye el golpe del acha.

LAURA.

—Ah! llega á mi seno
niño del corazon...
Gustavo, mi cariño
esa vida te dió.
Qué tienes? estás triste?
no llores, por mi amor.
Juega y rie, Gustavo...
contigo y con él soy
la muger mas feliz
que en el mundo nació.

(Besa á Gustavo y le deja con la mayor indiferencia; pasa por delante del cuarto en donde ha muerto Ramiro y se para: mira algunos momentos con detencion; se estremezce y dando una carcajada histérica y horrible desaparece abandonando el niño.)

FIN DEL QUINTO ACTO.

EPILOGO.

LAURA, GUSTAVO, JIMEN, ELVIRA.

La misma decoracion del acto quinto: sobre un sillon hay un velo desgarrado.

ESCENA PRIMERA.

JIMEN, ELVIRA.

JIMEN.

Quieres callar, bachillera?

ELVIRA.

No, señor; que es mucho cuento
ver sufrir á esta infeliz
y ser vedado un consuelo
prodigarla... alma de tigre!

JIMEN.

Va conmigo!...

ELVIRA.

Ni por pienso
que usted cumple sus deberes...

JIMEN.

Mi obligacion es primero
que la humanidad.

ELVIRA.

Jesus!..
que da lástima por cierto
en lo mejor de su edad
verla morir... lo confieso...
me da mucha compasion...

JIMEN.

Oh! yo tambien se la tengo...

ELVIRA.

Ya sabeis que hará dos dias
que apenas puede su lecho
abandonar como antes,
que está débil en estremo,
pues hoy... escuchad... El dia
su primera luz vertiendo
iluminaba las torres
de este castillo soberbio
cuando trémula, lanzando
tristes quejidos del pecho,
su triste prision dejó
que tal dia los preceptos
del gran conde de Lerin
la autorizan para ello.

JIMEN.

Es verdad, tienes razon:
hoy hace diez años, creo
que el señor de esta comarca
hizo morir aquel necio
de doncel, que atropellando
su decoro y su respeto
los ojos puso atrevido
en la condesa. Por cierto
que no fue mucho el castigo

para tan gran desacierto

ELVIRA.

Que no fue mucho! Cuidado
que sois por demas severo.
No fue mucho, y doña Laura
está Loca.

JIMEN.

Y qué tenemos?
tambien lo estuvo de amor:
que lo esté de sentimiento
no es gran cosa.

ELVIRA.

Ya se ve!..
despues, no la tuvieron
encerrada en esta sala?
Desde aqui, no estuvo viendo
el cadaver de su amante
por muchos dias? Y luego?
El conde, no la enseñaba
á su hijo desde lejos
y cuando queria, oh triste!
apretarlo contra el pecho,
y llorar sobre su frente
y grabar cien y cien besos
en su mejilla infantil,
aquel esclavo soberbio
no le escondia á sus ojos?
Y despues, no fue en aumento
su locura? Desgraciada!
recordad; á poco tiempo
nuestro amo el de Lerin
partió para... no me acuerdo...
y el niño de doña Laura
partió con él por supuesto...

JIMEN.

Con Gustavo... el señor conde...
me dijo al partir:—"Jimeno
ahi te queda esa muger:
ni la odio ni la quiero:
loca está, no la procures
curacion: dale el sustento
preciso para que viva,
y solo el dia tercero
del mes de diciembre, entiendes?
permitirás que su encierro
abandone y vague libre
por el castillo:" Con esto
me dió su mano á besar
clavó la espuela á su overo...
y aqui paz y despues gloria
del conde á saber no he vuelto.

ELVIRA.

Y de Gustavo?

JIMEN.

Tampoco.

ELVIRA.

Pobre doña Laura!...

Se oye una voz muy debil cantar el principio de una cancion. Jimen hace un movimiento de curiosidad.

Quieto...
Es ella... estará llamando
á su perdido embeleso.

Se oye la corneta del castillo.

JIMEN.

Quién será?

ELVIRA.

Como hace frio
y el dia se va escondiendo,
pedirá hospitalidad
algun perdido mancebo
que lleve pluma en su almete
y espuelas de caballero.

JIMEN.

Si es infanzon de Castilla
ó de este navarro reino
le cederemos las cuadras
del conde... Si aventurero
solo lleva por divisa
esos motes de misterio
que dicen mucho y no dicen
entonces le alojaremos
en esta sala, es verdad?..

ELVIRA.

Callad: aqui le tenemos.

ESCENA II.

JIMEN, ELVIRA *y* GUSTAVO, *vestido de camino, con espuelas etc., etc.*

GUSTAVO.

Dios guarde á vuestras mercedes.

JIMEN.

Hidalgo, que os guarde el cielo.

GUSTAVO.

Pocos años en verdad
de triste existencia cuento,
pero en ellos ya he ganado
la espuela de caballero,
y no en palenques, ois?
sino en combates sangrientos...

JIMEN.

No hice reparo.

GUSTAVO.

Está bien.
Este castillo soberbio,
es del conde de Lerin?

JIMEN.

El conde es su noble dueño.

GUSTAVO.

Se halla el conde en el castillo?...

JIMEN.

No señor...

Gustavo examina detenidamente la estancia.

ELVIRA.

Es el mancebo,
sino galan y cortés,
desenfadado en estremo.

GUSTAVO. (*Aparte.*)

Yo jurara por mi vida
haber gozado algun tiempo
el aire de este castillo.
Esas torres... yo recuerdo...
será ilusion infeliz
que turba mi pensamiento.

ELVIRA.

Descansareis esta noche?...

JIMEN.

A tí, quién te mezcla en eso?

GUSTAVO.

Mañana al romper el dia
habré de empezar de nuevo
mi camino.

ELVIRA. (*Aparte.*)

Buenos ojos,
y bien rizados cabellos...

GUSTAVO.

Podreis decirme quién es
una muger que á lo lejos
he visto?

ELVIRA.

Sí... doña Laura...
la loca... podreis creerlo.

GUSTAVO.

Al entregar mi caballo
á Raimundo mi escudero,
oi su voz.

ELVIRA.

Pobrecilla!...

GUSTAVO. (*Aparte.*)

Gustavo, dijo.

JIMEN.

Sospecho
que deseareis descansar.
Adios quedad...

GUSTAVO.

Guardeos el cielo...

ESCENA III.

GUSTAVO

examina con mas detencion que antes la sala: se asoma á las ventanas, y desde ellas hace como que contempla las torres etc., etc.

GUSTAVO.

Qué confusion!... Juraria
que en este castillo, aqui,
por vez primera yo vi
la luz hermosa del dia.
Entre placer y alegria
mi pura infancia corrió;
aqui tal vez me besó
el ósculo maternal...
este castillo feudal...
Aqui, no hay mas, nací yo.
Yo recuerdo ese porton
sobre el que se ostenta y brilla
con la horca, una cuchilla
de sus señores blason.
Reconozco el torreon
que se alza orgulloso al cielo
como el águila en su vuelo...
el parque... el jardin... el muro...
este ambiente fresco y puro
y aquel desgarrado velo.
Me acuerdo bien;
(*Mira un velo que estará sobre un sillon.*)
en verdad...
una muger lo llevaba,
y esta muger me miraba
con frenética ansiedad...
Piedad, gritaba, piedad...
Yo, pobre niño, la oí...
tambien sus lágrimas vi,
y las mias la lloraron
y algunos años pasaron
para su desgracia asi.
Quién sabe si es ilusion
que se forja mi deseo...
Cuanto mas la sala veo!...
qué terrible confusion!...
mi angustiado corazon
como si fuera su ser,
su vida, quiere saber,
si en este mundo aun existe
aquella hermosura triste...
En dónde te hallas, muger?...
Tú tal vez me enseñarás
la pobre que fue mi madre,

y hasta el nombre de mi padre
espero que me dirás;
y gozoso por demas...
qué sueño tengo!... Cansado
de viage tan dilatado...
Plegue á Dios que en este sueño
un porvenir mas risueño
vea y no tan desgraciado!

ESCENA VI.

GUSTAVO, LAURA.

Despues de una pausa entra esta en la escena. Sus miradas y sus movimientos indican el desorden de su imaginacion.

LAURA.

"El amor es el aliento
de un Dios de mucha pasion,
y es puro este sentimiento
pues nace del corazon.
»No haya enojo: algun consuelo
en el mundo ha de tener
quien ha perdido su cielo
perdiéndote á tí muger.
»Tú esposa del conde?... miento:
qué pruebas hay de esa union?...
Dios que pide un juramento
lo exige del corazon."
(*Con pasion.*)
Triunfante, Ramiro, al fin;
Laura tuya?.. lo seré...
yo esposa del de Lerin ?...
Desgraciado! le engañé!...
Vida hermosa es la de amor.
Cada mirada es vivir,
cada palabra una flor,
cada suspiro es morir...

Acércase á Gustavo y le dice con ternura.

Ramiro; quema tu aliento
como el sol de mediodia:
tu corazon que aqui siento
es ya la existencia mia.
(*Con tristeza.*)
Tardaste mucho en volver!
(*Con alegria.*)
ya lo hiciste... feliz yo!...
aqui tienes la muger...
que para amarte nació...
Permíteme, oh soberano
de mi vida, que te mire;
deja que bese tu mano,
y que besándola espire...
(*Besa la mano de Gustavo.*)

GUSTAVO. (*Despertando.*)

Una muger... desgraciada!...
parece que va á morir!...
Qué mano tan descarnada!...

LAURA.

Sin tí no puedo vivir.
Yo cifraba mi ventura
en ser tuya eternamente;
yo te entregué mi hermosura,
(*Se agita por momentos.*)
y dónde estás?... si no miente
(*Con el mayor abatimiento.*)
mi pecho... en la sepultura...

La fisonomia de Laura toma una espresion terrible; violentas convulsiones, con ojos desencajados contempla á Gustavo, y en el delirio mas espantoso, esclama:

Piedad, infame, piedad!...
vais á vengaros en él ?...
Ay! buen conde, reparad
que no es culpa del doncel...
por favor... no le matad...

GUSTAVO.

Calmad, por Dios, la inquietud
qué la razon os altera?
Dichoso yo! si modera
mi tierna solicitud,
oh muger, tu angustia fiera!...
Si la ilusion ya perdida
en este mundo maldito
vives sola, y del precito
sobre tu frente abatida
el anatema va escrito;
(*Laura va calmándose por momentos.*)
Si el mancebo de tu amor
de tí se olvidó inclemente;
si muerto ya, tu dolor
le da por última flor
esa lágrima doliente...
Si el pobre túmulo dejas
de una madre que murió
sin conocerte... ven... yo
alivio daré á tus quejas...
no sé quién el ser me dió.

La fisonomia de Laura va tomando por momentos un aspecto mas tranquilo.

Ven acá, muger, conmigo,
tus ojos enjugaré
con la ternura de amigo.
La suerte bendeciré...

LAURA.

Y yo tambien la bendigo.
Sabes, doncel, que tu acento

es puro? quién eres? dí...
Ayer he venido aqui...
sola con mi sentimiento
y, lo juro, no te vi.

GUSTAVO.

He llegado esta mañana
y descansar he querido
dando mi pena al olvido.

LAURA.

Tu cabeza es muy galana!...
qué ademan tan distinguido!...
Cuanto mas miro, oh doncel,
esos ojos y esa frente
melancólico, doliente...
Eres retrato de aquel
que está para siempre ausente!...
Qué semejanza en los dos!...
Has de saber que le amé...
no lo creas... le adore.
Bendito seas, mi Dios!
á su lado moriré.

Estrecha la mano de Gustavo. Su fisonomia se altera y toma una espresion horrible.)

GUSTAVO.

Por qué me hablas de morir?
Qué triste conversacion !..
olvida ya tu afliccion...

LAURA.

No puedo sin él vivir...
era inmensa mi pasion.
Aqui mismo le lloraron
mis ojos, y le llamaron
mis gritos: piedad, piedad...
horrible fatalidad !...
Aqui mismo le mataron.
(Un momento de pausa. Laura se sonrie, y canta la siguiente estrofa.)
"Vale mas una mirada
»con el delirio de amor,
»que la selva y la enramada
»y el placer del cazador."

GUSTAVO.

De quién es la cantinela?

LAURA.

Cuál? doncel, la que canté?...
El alma mia se yela...
no puedo tenerme en pie.
(Se sienta al lado de Gustavo.)

GUSTAVO.

Me dices tu vida?

LAURA.

Sí.

GUSTAVO.

Dónde naciste, muger?

LAURA.

Yo no sé dónde nací;
no se quién me ha dado el ser.

GUSTAVO.

Tu nombre?..

LAURA.

Laura.

GUSTAVO.

Tu padre?

LAURA.

Su nombre nunca he sabido.

GUSTAVO.

Tu madre?

LAURA.

Doncel, mi madre !...
Ay! jamas la he conocido.

GUSTAVO.

Con qué eres huérfana?

LAURA, *muy alegre.*

No...

GUSTAVO.

Si padres no conociste.

LAURA.

Con mil cuidados guardó
un viejo mi infancia triste.
Apenas entré en la edad
que llaman edad de amor...

GUSTAVO.

Te enamoraste?

LAURA.

Es verdad:
y fue un doncel mi señor.
Pero antes un noble conde
llevarme pudo lograr...
no sabes, ó niño, á dónde?...

GUSTAVO.

Me lo dices?...

LAURA.

A el altar.
Incauta al ara llegué...
inocente todavia,
y en ella le consagré
toda la existencia mia...
Y despues una pasion
en mis entrañas sentí;
y en profunda agitacion
mi entendimiento perdí.
Y un doncel que me guardaba
por orden de su señor;
un doncel que yo adoraba
con religioso fervor.
Puso la mano en mi pecho,
clavó los ojos en mí,
y ya delirante el lecho
de mi marido le dí.
Despues el conde llegó...

pidióme de su honra cuenta,
y en desquite consumó
una venganza sangrienta...
Y el fruto de aquel cariño...
criminal... yo bien lo sé...
mas qué culpa tiene un niño
del daño que yo causé?

GUSTAVO.
Y despues?

LAURA.
Ay! los buscaron
mis ojos con mucho afan,
y mis gritos los llamaron...

GUSTAVO.
Y no sabes donde están?

LAURA.
Al hijo del alma mia
me le enseñaban aquí
una sola vez al dia...
pero ha tiempo lo perdí.

GUSTAVO.
Y tu amante?

LAURA.
Por favor...
no me preguntes por él...
Sino me engaña mi amor...
(Señala al cuarto en que murió Ramiro.)
Allí existe mi doncel!...
(Con debilidad.)
Mi muerte está muy cercana,
horrible debilidad!
Y tú, quién eres?...

GUSTAVO.
Mañana...

LAURA.
Mañana... la eternidad!...
Dime quien eres...

GUSTAVO.
Ignoro
quien fue mi padre.

LAURA.
Tú padre!...
deja que enjugue tu lloro.

GUSTAVO.
Jamas conocí á mi madre.

LAURA.
Dónde nacistes?..

GUSTAVO.
Aquí..

LAURA.
Despues...

GUSTAVO.
Qué tienes?...

LAURA.
No; nada.
Despues...

GUSTAVO.
A la guerra fuí
de los montes de Granada.

LAURA.
Con quién?...

GUSTAVO.
Con un caballero...

LAURA.
Esta seria su edad!...

GUSTAVO.
Ilustre soy por mi acero...

LAURA.
Si fuese!... ó felicidad!...
Eran rubios sus cabellos...
y su frente enamoraba...
sus ojos eran muy bellos...
Ramiro asi me miraba.
El nombre te he dicho yo
del fruto de mi cariño...
no me oyes?... del que perdió
su madre siendo muy niño?...
Qué tienes?... estás temblando?...
tu nombre... pronto, por Dios...

GUSTAVO.
Mi nombre?...

LAURA.
No estés llorando...
Si es el hijo de los dos!...
Mira que voy á morir,
que despues ya no lo oiré...

GUSTAVO.
Yo no puedo resistir...
Gustavo...

LAURA.
Gustavo... qué?...
(Le contempla algunos momentos y se arroja á sus brazos.
Hijo de mi corazon!...

GUSTAVO.
Madre mia!

LAURA, *mirando al cielo.*
Qué bondad!
tuviste al fin compasion!
(A su hijo.)
Ya lo ves... la eternidad!

GUSTAVO.
Qué desgraciada es mi suerte!...

LAURA.
Dichoso mi último dia!...
lo ves? Gusta-vo-la-muer-te...
(Cae muerta en los brazos de Gustavo.)

GUSTAVO.
Sube al cielo, madre mia!

FIN DEL EPILOGO Y DEL DRAMA.